

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

1

La Novela Semanal Cinematográfica



LOS  
HIJOS  
DE NADIE

POR  
LEDA GYS

UNA PESETA

BIBLIOTECA

*Los Grandes Pelms*

OR

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Via Layetana, 17. - BARCELONA

# LOS HIJOS DE NADIE

GRAN NOVELA CINEMATOGRAFICA

CREACION DE LA EMINENTE

LEDA GYS



Joaquín Haró, Impresor  
Girona, 11. - Barcelona.



# LOS HIJOS DE NADIE

Argumento de la película de dicho título.

CONCESIONARIO: D. GARCÍA URÍA

PELAYO, 12, 2.º - BARCELONA

## PRIMERA PARTE

### El infierno blanco

#### PRÓLOGO

El día ha despertado con un ritmo lento de sonatina y su alhar es bello como una promesa; en su cuenco de oro, colmado de luz, las sombras de la noche beben la muerte. Es la mañana, gran flor estelar, la mejor estrofa del día.

Hasta donde alcanzan los ojos, el paisaje parece blanco, de una blancura fresca y jugosa. Pero además el paisaje es abrupto. Las montañas se verguen, monstruosas y encendidas por el fuego del sal, y muestran sus entrañas rotas por las explosiones de los barrenos...

De pronto el silencio se sobresalta sacudido por el aviso volandero de una campana.

De unas casitas, que apenas se divisan en la lejanía, van saliendo grupos de hombres, figuras duras en las que se advierte el enorme cansancio de un tedio fatigoso y doliente.

Permitida  
la reproducción  
sin excitar  
la procedencia

Caminan despacio, como abrumados, y lentos, con andar cansino, se acercan a la muralla de mármol tantas veces regada con su sangre al intentar extraerle los níveos bloques, que luego lucen en las palacios de los bien amados de la fortuna, en las calzadas de las ciudades reales y en las fuentes de los jardines. Ellas son los esclavos que la vida aberrojó uniéndolos al yugo de la tarea ruda y sin esperanzas de redención.

Las palabras de los hombres van y vienen; cruzan el aire los gritos de los capataces, y como veces concertadas, comienza el trabajo de los hierros en la cantera.

Pasan unos niños con picos al hombro,

¿Quiénes son estos niños?

¿Por qué sus manecitas se arañan y destrozán en la faca brutal?...

De cuando en cuando se oye un gemido. Es que el látigo villano del vigilante ha caído sobre unas espaldas infantiles. Y el niño llora. No hay piedad para sus años ni consuelo para sus lágrimas. Ni tampoco la cólera — tres veces santa si la engendra la injusticia — crispa los puños de los que ven el rojo surco que el látigo trazó en la blanca carne.

¿Por qué esto, Dios? ¿Por qué?

Yo os lo diré al oído sencillamente, suavemente, como en un susurro:

¡Estos niños son los «Hijos de Nadie»!

## I

Poldo es un buen mozo. Tiene un simpático aspecto de hombre sano de cuerpo y de alma. Alto y ancho, su arquitectura conserva las líneas nobles de su raza y sus manos fuertes parecen dispuestas a sostener a toda el que vacila. Empleado de antiguo en las canteras,

ha visto crecer a Luisa Vitalbi, y toda su recordumbre de atleta parece que le abandona cuando se encuentra ante esta exquisita floración femenina, cuya niñez fué merida por los gritos de los obreros.

Francisco Vitalbi, el guardián de las canteras, siente por Poldo una simpatía elusiva, y viéndole cerca de su hija, recogida y admirado, alentando un entusiasmo incontenible, piensa que cuando él falte, este hombre, que es honradez y es laboriosidad, puede convertirse en el compañero de su linda pequeña, la huérfana en que puso todo su cariño desde el día en que la muerte le dejó viudo.

Padre e hija viven en una casita risueña, llena de luz y de alegría.

La voz clara de Luisa parece dejar, a su paso, en todas las estancias, sonos de cascabeles de plata. Porque ella es intensamente feliz, porque su juventud, espléndida y gozosa, se ha entregado a un amor de bendición del que gusta los primeros dones, siempre graciosos, y que tiene el encanto de permanecer secreto a las miradas fiscalizadoras del padre, a la vigilancia de Anselmo, el capataz — alma de sicario — y a la angustia de Poldo, que la ama en silencio como a un imposible, cual si supiera que ella ya satisfacía sin él sus afanes sentimentales.

Han llamado a la casita. Una voz, desde fuera, dice el nombre de Luisa. Se abre la puerta. Entra Poldo. Sus ojos parecen bañados por una pena honda. Como un murmurio, salen las palabras de sus labios.

— Tengo sed — dice.

El vaso tiembla entre las manos fuertes, y mientras bebe, él la mira con ansia de infinito... Otras palabras trémulas de ternura, que se le agolpan en el pensamiento, después de nacerle en el alma, quisiera decir; pero no



se atreve... El gesto de Poldo es desafiado. Titubea aun. Y luego sale, sin que ella haya querido advertir su dolor.

Cerca de la casa, Poldo ve a Francisco, y como si estrujase entre sus manos una idea torturadora, se le acerca:

Vengo de ver a Luisa — dice.

Vitalbí suspende su trabajo y sonríe.

— Si usted me ayudase... — añade Poldo.

— Yo sería para ella lo que ella deseara. No le pido más que un poco de cariño.

— Ten en cuenta que es una chiquilla... Pero descuida, yo le hablaré y todo se arreglará.

Las palabras de Francisco hacen renacer la esperanza. En el rostro de Poldo luce el agradecimiento.

— ¡Si supiera cuánto la quiero! Dígaselo, dígame que si me acepta por esposo...

Los dos hombres separáronse súbitamente. Hacia ellos venía el dueño de la cantera, Arnaldo Carani, seguido de Anselmo, el capataz.

— Hola, Vitalbí; ¿se trabaja?... He dado un vistazo a las canteras y vengo muerto de sed.

— ¡Luisa! — grita Francisco.

El amo está allí. Poldo se retira. Y marcha hacia la tuera con paso fuerte de iluminado.

Se ha abierto una ventana en la casita. Luisa se ha asomado, y sus manos han tenido que apoyarse en el pecho para contener la emoción.

Carani se despidió. Ahora le acompañan Anselmo y Francisco, y a medida que se alejan, los ojos de Luisa rien con alborozo, sin temor, gozándose en ver al que vino hasta ella para exornarla con la roja dicha de una cita amorosa.

He aquí el cuadro: un campo cubierto de retamas; algunos olivos y un riachuelo de cauce estrecho. Por un lado, el campo se extiende hasta alcanzar la línea azul del cielo en su confín, y por el otro alzáse la montaña que encierra en su seno los mármoles suaves al tacto. En medio de una huerta con árboles y flores, la casita de Vitalbí y dos cuadras



...Luisa se ha asomado, y sus manos...

adyacentes; en una de las cuadras, duermen los hospicianos; en la otra, las bestias que arrastran las vagonetas cargadas de piedra.

He aquí los personajes: hombres rudos, que trabajan de sol a sombra arrancando a la cantera lo que ha de ser pórtico, columna, estatua...; niños tristes y desmirriados, consumidos por el esfuerzo de un trabajo excesivo; Vitalbí, el guardián; Poldo, el buen obrero

que ama a la hija del guardián; Anselmo, el capataz; el Conde Carani y Luisa.



La campana de la cantera toca, dando por concluido el trabajo. Por los caminos blancos, abiertos en la roca viva, descienden móviles filas de hombres, que buscan el regalo del reposo.

Vuelve el silencio a tejer la trama sorda en la que han de hallar descanso los cuerpos fatigados. Va cayendo la tarde. Las nebras alas de la noche cobijan la tierra.

En la alegre casita enciéndese la luz doméstica, a cuyo claror el padre y la hija han de decirse los comentarios suscitados por la jornada.

Acércase la hora de los sueños.

Luisa parece cogida en las redes de la inquietud, como si esperase algo. Todo su cuerpo se estremece largamente, y nunca inmóvil, va de aquí para allá movida por los misteriosos resortes de un afán pasional.

—¿Por qué no te acuestas? — pregunta a su padre, abrazándole con mimasera. — No estás tan fuerte como para velar.

—¡Si es muy temprano! — replica el viejo.

Y sus manos, ungidas de carlino, acarician la blonda cabeza de la hija.

— Es una locura permanecer a pie a estas horas. Además, mañana has de levantarte temprano — dice ella con voz velada por el temor.

Y Luisa paja de su padre, que se deja conducir sin protestas, encantado de los cuidados de que ella le rodea.

— Hasta mañana.

— Hasta mañana, hija. Que tengas buenos sueños.

Parada en la escalera, la joven aspira con fuerza el perfume de su propia emoción. El pálido rostro del miedo le hace una mueca. Suenan en la huerta los broncos ladridos de Sultan, el centinela nocturno que vigila la casa.

Con pasos táctos, medidos y silentes, Luisa



— Hasta mañana.

— Hasta mañana, hija...

desciende uno a uno los tramos, precaviéndose contra los ruidos con ademanes recelosos. Ha echado un chal sobre sus hombros, y cautelosa, llenos los ojos de temor y de esperanza, llega a la puerta.

La noche es clara, de una claridad azul que se tinte de violeta en los bordes del cielo, joyante de estrellas que suspiran. En lo alto,



la ruta de los peregrinos que vienen de Roma y se dirigen a Santiago riega el azul con su polvillo radioso salpicado de mundos.

Luisa se detiene. Oye los ladridos amenazadores del perro y lo llama con voz apagada; y en cuanto lo deja preso, corre a través del campo, hacia la cabaña en que él debe estar esperándola.

— ¡Arnaldo!

A través de los hierros sus manos se encuentran. Gira una llave, el paso queda franco y los dos amantes se abrazan entre rumores de besos, bajo las miradas luminosas de lo alto.

— ¿Te he hecho esperar? Temí que mi padre no quisiera acostarse a la hora de costumbre.

Se unia a él con intimidad de desposada y recogía las palabras con que Arnaldo hacía vivir su amor.

— Estoy decidido, Luisa. Yo hablaré a mi madre; pero debemos esperar aún...

Ella sabía agradecerle esta promesa, y, llena de confianza, decía:

Pues esperemos. Mientras te tenga, el esperar no me hará daño.

La tranquilidad de la noche los envuelve y se sienten protegidos por el secreto de su amor. Así, como esta noche, han gozado otras muchas. Están ciertos de la corteza de su mutuo cariño y, para celebrarlo a toda luz, sólo esperan el momento propicio que favorezca su revelación. En torno de los amantes vive el silencio...

Una piedra cae rebotando montañas abajo. Nace el sobresalto y muere al instante. ¿Por qué los oídos no se aguzan? Algún reptil entre las rocas, se aproxima a ellos, les fija una mirada burlona y se aleja.

En el palacio de los Carani la vida era reglada por la Condeza, mujer altiva que no comprendía las vacilaciones ni los altos en el camino y que siempre marchaba segura de alcanzar el fin que se proponía sin que le preocupasen los medios.

Viuda desde joven, educó a su único hijo en la escuela de la obediencia y Arnaldo llegó a ser hombre sin haber ensayado la voluntad. Temía a su madre, la cual sabía imponerle siempre sus decisiones, y si alguna vez su pensamiento atrevióse a formular los términos de un juicio contrario, sus labios no se atrevieron a expresarlo. Porque Ana Carani no admitía que se la contradijese: ella administraba el patrimonio de su hijo sin consultarle y obligaba a éste a caminar sin titubeos por la senda que le trazara. Alma de hombre en cuerpo de mujer, Ana Carani había nacido para mandar y mandaba.

Por orden suya, Arnaldo solía pasar algunas temporadas en las canteras, base de su fortuna, y allí fue donde conoció a Luisa. El amor de los dos jóvenes, favorecido por el aislamiento de la montaña, formóse poco a poco alimentándose de la juvenil necesidad de querer algo o a alguien, dando salida a la tormenta latente, que es en el mozo fuerza impulsiva que le hace arrojado, y ansias de risas y de lágrimas, de juegos locos y carreras frenéticas por jardines florecidos, en ellos. Y como nadie vino a interponerse en su camino, el amor naciente creció hasta convertirse en la razón de dos vidas.

Limpio de espíritu, Arnaldo amaba a Luisa con honradez y desde el primer momento pensó, libre de prejuicios, hacer de la hija

de Francisco su mujer. Pero no cantaba con su madre, que no transigiría nunca con un enlace que mezclase la sangre de los Carani, ilustrada por rapiñas y asesinatos de sus antecesores — señores de hacha y cuchillo — con la humilde de los Vitalbi.

La Condesa trabajaba durante las horas de la mañana, y aquel día una carta que anunciaba un suceso inconcebible para la inteligencia aristocrática — con aristocracia de vanidad y absurdo orgullo — de la activa mujer, vino a sorprenderla, llenándola de asombro.

La carta era de Auselmo, el capataz, y en ella se le referían los hasta entonces ignorados amores de Arnaldo y Luisa. El pensamiento de la Condesa, detenido un instante por el estupor, halló pronto una solución al que se le antojaba enojoso asunto, y su pluma, hábil y segura, intentó escribir la última página de las relaciones entre un Carani y una Vitalbi.

En tanto en la cantera, el buen Poldo desesperábase viendo la indiferencia de Luisa. El hombre fuerte seguía siendo un niño grande, tímido y torpe cerca de la mujer.

Cuando la encontraba sola, deteníase intimidado, mirábala con ansiedad, y como si sus ideas se hubiesen echado a volar, sólo sabía decir:

— Luisa...

— ¿Qué sucede, Poldo?

— Luisa — volvía él a decir.

Y su voz cortada repetía una y otra vez su nombre.

Ella había adivinado al amigo. El homenaje silencioso de los ojos de Poldo, llenos de preguntas que no decían sus labios, turbábala, haciéndole presentir su dolor. Y alejábale del que fué su camarada infantil sin poderle acariciar con otra mirada que no fuese la de un

afecto fraternal. El, entonces, iba a referir sus culpas a Vitalbi, que le animaba, sosteniendo el sagrado fuego de la esperanza.

Hasta que un día...

¶ Concluían de cenar. Frente a frente, Francisco y Luisa rumiaban palabras oscuras. Desde hacía algún tiempo, ella venía obsorvando pensativa a su padre y notaba que él la miraba más cariñoso, como si temiese perderla.

— Oye, pequeña.

Ella sonrió con inquietud, con un vago temor ante el lenguaje sereno de su padre.

— Yo ya soy viejo. Un día, de pronto, me sorprendió la muerte, y me espanta la idea de dejarte sola.

Asustada por el giro de aquellas palabras, Luisa trató de desviar su rumbo, orientándolas en otro sentido.

— ¿Usted viejo, padre? Todavía está usted muy fuerte.

— No, hija; ya he cumplido los sesenta y comienzo a sentirme débil, como si la vida quisiera abandonarme.

Callaron. Ella no se atrevía a alterar con su voz la marcha del destino.

Ha pensado — prosiguió Vitalbi — que Poldo, que es un excelente muchacho y te quiere como no te lo imaginas, podía hacerte feliz. ¿Qué te parece?

Los ojos de Luisa se nublaran. Vaciló un segundo, mordida por la congoja. De pronto se rehizo.

— Padre... yo no quiero a Poldo. Padre... va no me casaré con Poldo.

Era la primera vez que ella, su pequeña, oponía una negativa a una indicación suya. La miró perplejo. Volvió a oír, como si se lo repitiesen: «Padre... yo no me casaré con Poldo.»



—Tú — dijo con violencia, — le casarás con el hombre que yo diga.

Entonces fué cuando ella, aterrada por la idea de perder el cariño tan amorosamente cultivado, opuso su voluntad a la voluntad paterna.

—No, padre... yo no me casaré con Poldo. Había tal fuerza, tan segura decisión en aquellas palabras, que él se contuvo para mirarla fijamente y descubrir las ocultas razones de tal energía.

—¿Por qué no te casarás? — preguntó tremante de cólera. Di, ¿por qué no te casarás?

Era nueva la pregunta y su novedad cogió de lleno a la joven.

—No me casaré...

—Si — insistió él, — ¿por qué no te casarás?

—¿Porque no le quiero!

Sobre la rotunda afirmación cayó un silencio denso. Oíase la respiración fatigosa del viejo, en el que la ira iba sacando las fuentes de la razón. Oíase el suspirar de angustia de la hija, trémula y llorosa. Y otra vez la voz de Vitalbi lanzó su amenaza. Y otra vez la negativa de ella se opuso lavencible. Y en un segundo de locura, él comenzó a golpear lo que más quería. Y cada golpe daba de rebote en su corazón.

—¡Mala hija! ¡Hipócrita!

El puño del hombre dejaba su huella en el rostro de la joven, y ella, firme sólo para su amor, manteníase en su resolución, y, húmeda de lágrimas, sollozaba.

—No padre, no me casaré con Poldo!

Vencido, al fin, Vitalbi rindióse sobre una silla. En su mirada desorbitada había cólera y estupor.

—¡Me matarás, Luisa! ¡Me matarás! — exclamó con pena.

Pero la hija no podía ofrecerle otro consuelo



—No, padre... yo no me casaré con Poldo.

que el de sus lágrimas, y otra cosa era lo que de ella esperaba su padre.

Hecido por la desgracia de la inaudita rebelión de Luisa, Vitalbí fué a ocultar su amargura en la soledad de la alcoba, y el dolor sirvió de almohada a su cabeza, habitada por el tumulto de unos pensamientos lacinantes.

Y en la casita, hasta entonces alegre, hicieron ronda las huestes siniestras de la pesadilla.

Francisco daba vueltas en el lecho sin conciliar el sueño. Sus miradas, dirigidas a las sombras con tenaz firmeza, preguntaban a la noche las razones de la triste desavenencia que, tan inesperadamente, se había interpuesto entre ellos robándoles la paz del alma.

¿Qué haría Luisa después del horror de los golpes, de los primeros golpes que sus manos, pródigas en la caricia, le habían dado?

Vitalbí ignoraba las secretas relaciones que ella sostenía con Arnaldo; no sabía que, a aquellas horas, su linda pequeña iba a reunirse con él. Y el pobre hombre debatíase conteniendo el llanto, ese llanto terrible de anciano, que es de un dramatismo más fuerte que el llanto de un niño.

Había sonado la hora de los amantes. Sobre la cantera, la luna vertía la pálida gracia de su luz y el resplandor lunar bailaba una danza espectral sobre la montaña blanca.

Unidos por la palabra y el abrazo, ella y él contabanse sus penas. Arnaldo había recibido una carta de su madre, consecuencia de la delación de Anselmo, ordenándole partir hacia el extranjero. ¿Qué sería de Luisa, ahora sola, sin la esperanza de las citas nocturnas?

— ¡Mi alma, mi Luisa! Yo te prometo... Las mejillas suaves de la joven estaban húmedas de besos. Ya no lloraba: en el dedo

anular lucía la sortija de esponsales, que Arnaldo, antes de partir, le entregaba en profunda segura de matrimonio.

— ¡Mas sída mi primer amor y serás también el último! — exclamó él.

Los labios de Luisa temblaron como en un sollozo. Luego, con hablar reposado, dijo:

— Mi confianza es absoluta. Pero si no dijese verdad, caiga mi desgracia sobre ti.

Algo despertó a los amantes de la emoción del instante, haciéndoles volver la cabeza. Sultán, el centinela nocturno, avanzaba a grandes saltos.

— ¿Cómo es posible si yo le dejé atado? — preguntó ella.

Y un funesto presentimiento la atenazó.

El perro seguía corriendo y sus ladridos hallaban eco en todas las concavidades de la cantera.

Los jóvenes pesquizaron a su alrededor. Irguiéndose sobre una peña, Luisa oteó a lo lejos. La sombra oblicua de un hombre que caminaba encorvado, proyectóse entre las rocas. Y como si los ojos de su alma viesen haciéndole adivinar, ella reconoció al hombre y con voz rota por el miedo, gritó:

— ¡Huye, Arnaldo! ¡Prento! ¡Mi padre viene!

Si, era Vitalbí que, barbotando de indignación, se acercaba, ensangrentados de talar los ojos y las manos engarfiadas en el aire... ¡Si, era su padre!

Cayó arrastrada por la ira del viejo, que, con toda la fuerza de su cólera, quería arrancarle la vida con que lo había deshonrado.

— ¿Quién era ese hombre?

Afianzándola por el pelo, la empujó sacudiéndola contra las piedras, como en un intento de lapidación horrenda. Ella solo podía defenderse pidiendo perdón, un perdón que él se negaba a concederle.



— ¡Dí, quien era ese hombre!

En un claro de luna, las dos cabezas se acercaron mirándose a los ojos. El anciano, terrible como un dios de venganza, sostenía a su hija por los cabellos y su mirada profunda quería ahondar en su rostro el secreto de lo que ella callaba.

— ¡Dí...

La voz del viejo se ahogó. Aflejáronse sus manos y el cuerpo vino a tierra.

— ¡Me matas! — exclamó ahogadamente.

Ella tuvo miedo, un miedo de locura. ¿Qué iba a suceder? Trató de acercarse a su padre y fué rechazada por sus brazos... Y en un último esfuerzo, antes de morir, Vitalií arrojó sobre su hija la josa tumbid de una horrible frase, hielento como una blasfemia:

— ¡Maldita seas!

Ya no es clara la noche, sino un abismo de negruras en el que se precipitan las almas castigadas por el dolor.

### III

La Condesa Carani, firme en sus decisiones, en cuanto supo que su hijo había salido para Niza, tramó una conjura con la que poner término a aquellos amores, que lastimaban su sentido de la jerarquía y su concepción de la organización social por castas. Como auxiliar de la farsa que proyectaba, requirió a Anselmo, y entre los dos interceptaron y falsificaron las cartas de los amantes.

Después de la muerte de su padre, que dejó tras sí el estigma de una maldición, Luisa, con el alma enlutada y el pensamiento en tinieblas, dejaba pasar los días en un malismo hecho de llanto silencioso. Intimada por las



— ¡Dí, quien era ese hombre!

terribles palabras con que la condenó Vitalbi en su agonía, para sus ojos enrojecidos no había más horizontes que los que le descubrían las cartas de Arnaldo, cartas que la Condesa alteraba, convirtiendo sus ardientes apóstrofes en un tibio decir en el que faltaba el calor de la hipérbola amorosa.



... que más de una vez había intentado llevar algún consuelo...

Ahora vivían con ella Poldo, nombrado guardián a la muerte de Vitalbi, y la viuda de un obrero con dos pequeños. Mas ¿qué consuelo podía hallar en su compañía?

El buen Poldo amordazaba sus sentimientos, observando los suplicios de la muchacha.

Yo no la entiendo, señor cura — decía al pastor de aquellos lugares. — Bueno

va que se llere a un padre, al fin padres sólo hay uno; pero este consumirse de todos los minutos, es ya por demás. Y Luisa no tiene descanso en su pena. Parece como trastornada... Vamos, le digo que no lo entiendo.

— Ni yo, Poldo, ni yo — replicábale el sacerdote, que más de una vez había intentado llevar algún consuelo a la joven, sin conseguirlo.

De cuando en cuando, Anselma asomaba en la casa y su palabra tortuosa sabía destilar siempre algún veneno sobre la pobre huérfana.

— ¿Tienen ustedes noticias de Arnaldo? — preguntaba Luisa con una íntima esperanza.

El espataz untábase los labios con una sonrisa maliciosa y contestaba:

— No... el señorito no escribe. Sin duda le pasa bien y no se acuerda de nosotros.

Anselmo guardaba silencio un segundo y, en seguida, silabeando, añadía:

— Es joven, es rico y las mujeres guapas no faltan. Bien debe estarlo haciendo.

Favorecido con la confianza de Ana Carani y cómplice de sus manejos, Anselmo ejercía su autoridad despóticamente, echando todo su peso sobre los que estaban a sus órdenes. Ajeno a los favores de la amistad y a los gores de la simpatía, iba levantando protestas por donde quiera que pasase. Por indicación suya la Condesa había suprimido el trabajo a destajo, y las ganancias de los obreros, mercedadas con esta medida, redujéronse a tan poco, que un gran malestar comenzó a notarse en las canteras. El descontento cundía. Durante el trabajo, los obreros formaban corros, hogueras de maldiciones, en las que se propugnaba la lucha contra el patrono. Nadie ignoraba de donde partía el golpe y el odio



hacia el capataz acrecentábase día a día. Anselmo, en tanto, indiferente a la peligrosa atmósfera que creaba a su alrededor, iba encendiendo la mecha de la bomba que podía destruirlo.

Y no se supo cómo ni por qué. El motín estalló súbitamente. Un grito de venganza



Sobrecogidas por la iracundia de los obreros.

alzóse en todos los pechos, y abandonando las canteras, los obreros corrieron hacia la casa del guardián. La ola de odios amenazaba triunfar dentro del albergue de Luisa. El clamor de los amotinados hacía vibrar las paredes. Unas piedras chocaron contra la puerta; cayeron en añicos los cristales y un enorme pedrusco batió el suelo de la estancia.

Sobrecogidas por la iracundia de los obreros, las mujeres ocultáronse en los rincónes

mejor guardados, mientras Poldo iba y venía sin saber qué hacer.

Detrás de la primera agresión, vinieron otras y las piedras volaron como un granizo haciendo saltar los batientes de las ventanas. El peligro era cada vez mayor dentro de la casita. Lívido de rabia, Anselmo, revólver en mano, esperaba el instante de jugarse la vida. Entonces, Poldo ofreció su cuerpo al peligro, y con hábil palabra, que apoyaba el cariño con que siempre le habían tratado sus compañeros, apaciguó su furor, prometiéndoles que sería reparado el daño producido a sus intereses.

Así concluyó el motín. De momento, la huelga quedaba contenida, pero en los ánimos subsistía el fermento del odio al capataz.

Y el tiempo prosiguió en su labor. Para cada hora, un dolor y una alegría. La risa de unos pocos, nunca los mejores, es llanto en los demás.

Habían cesado las cartas de Arnaldo.

A solas consigo mismo, ella evocaba las horas en las que, juntos los dos, habían saboreado las delicias de su represa juvenil.

Para sus coloquios eligieron sitio dentro de un recinto de rocas. Muy cerca el uno del otro, Luisa dejábase mecer por las suaves frases con que el Conde Carani despertábala a las fiestas de los besos... Por su lado transcurrían las horas sin que los amantes se diesen cuenta y era para ellos la primera mirada del sol de amanecer. Separábanse entonces y sus adioses renovaban las esperanzas de la próxima cita, que sabrían enriquecer con su ardoroso entusiasmo.

Y ante los ojos de Luisa, flagados por el llanto, desfollaban las escenas vividas de otros días mejores. En cambio ahora, muerta para la alegría, los latidos de su corazón antejáb-

hansela toque funerario que enterraba el amor de Arnaldo.

Pasóse las manos por la frente, compuso el rostro y miró a Poldo, que acababa de entrar.

— Buenos días, Luisa.

— Buenos días, Poldo.

El amigo posó su mirada llena de dulzura en la huérfana.

— Siempre tan triste... ¿Por qué no sales? Yo podía acompañarte.

— Gracias, Poldo; pero no tengo ganas de salir.

Y así eran todas sus conversaciones, diálogos en los que lo que se callaba era más importante que lo que se decía y en que los silencios tenían plenitud de significación.

Después... Poldo salía con paso vacilante y ella tornaba a quedarse a solas consigo misma.

Algunas noches, cuando el silencio era más denso en la casita, oíase un largo grito. Poldo y la viuda acudían cerca de la huérfana y encontrábanla pálida, torcida la línea de los labios por el espanto y con los brazos extendidos, como rechazando la amenaza de un peligro. Preguntábasele la causa de sus terrores y Luisa callaba; y aunque en sus gestos persistía la crispadura del miedo, si Poldo insistía en su pregunta, ella decía:

— Nada... no fué nada.

¿Qué horrendo espectáculo desorbitaba sus ojos?

En las sombras ella había visto surgir el espectro de su padre, que, abandonando la tumba, venía a su lado para aplastarla de nuevo con su maldición.

Y los días seguían pasando, unos detrás de otros, iguales siempre y siempre colmados de angustia.

## IV

— Si, señora Condesa. Cada día que pasa, las exigencias de los obreros aumentan como aumenta su holgazanería. Yo creo conveniente darles la hutalla y concluir de una vez.

— ¿No conoce usted a los revoltosos? — preguntó Ana Carani.

— A todos y a ninguno: por el solo hecho de ser obrero, ya se es revoltoso.

La Condesa y su cómitre hablaban, ella sentada y él de pie, en una amplia sala de rico artesonado, muebles austeros, paredes cubiertas con tapices y suelo oculto bajo una alfombra muelle. En el testero principal, sobre una consola y entre dos candelabras pontificales del siglo XIII, un viejo reloj de bronce parecía cansado de seguir la marcha del tiempo.

Dígame, Anselmo: ¿y Luisa? ¿Se ha olvidado de Arnaldo esa ambiciosilla? — preguntó Ana Carani, dando de lado a las quejas de su servidor.

— ¿Luisa?... Esa es otra. Parece que se le va a ir la vida entre suspiro y suspiro.

La vieja dama cerró los ojos, como para que no se trasluciese el pensamiento que acababa de ocurrírsele.

— Pues... que se le vaya — concluyó rotunda.

Y añadió:

— Que sigan las cosas su curso. Defiéndase usted con los hospicianos y ya concluirán ellos por entregársenos sin condiciones.

Al fin había estallado la huelga. Engañados en sus esperanzas, hartos de un esfuerzo mal retribuido, los obreros iniciaron el paro, abandonando el trabajo hasta que sus pretensiones fuesen atendidas.



En el *infierno blanco*, nombre con que los siervos de todo poder designaban el lugar de su cotidiano martirio, reinaba la soledad, una soledad que apenas alteraban con su labor los hespicianos. El hambre ya comenzaba a hacer estragos en los hogares. Sin cajas de resistencia, entregados a sus propias fuerzas,



Al fin había estallado la huelga.

los obreros perdían terreno, envenenados por una cólera sorda. Gracias a la ayuda de los privados de todo cariño, de los humildes *Hijos de Nadie*, podíase sostener la huelga; pero el auxilio de los pequeños parias no podía ser mucho, y la miseria, lanzando sus alaridos en las casuchas sin fuego y sin pan, instigaba a los canteros a transigir, a entregarse sin condiciones a la codicia de su patrono.

En tal estado de cosas, el regreso del capataz fué mirado con alegría, y él pudo recogerse en su maldad, que le proporcionaba la satisfacción de recibir a los vencidos que iban a pedirle trabajo.

Y la huelga abortó.

Reanudada la extracción del mármol en



Agrupados y conmovidos, unos sobre otros, las víctimas de sus padres...

las canteras, Anselmo arreció en sus violencias contra los que pretendieron humillarlo pidiendo su destitución a Ann Carani; y los trabajadores tuvieron que devorar su ira.

Brutalmente cruel, el capataz extremábase en el ejercicio de su autoridad, y aun los mismos hespicianos sufrían la rudeza de su trato, que sólo sabía de castigos y amenazas.

Era en las primeras horas de la mañana. Agrupados y confundidos, unos sobre otros, las víctimas de sus padres y de una sociedad insensible y estúpida, dormían en la cuadra, sordido local de paredes negras y rezumantes, sobre montones de paja descompuesta, que despedía un vaho asfixiante. Las carnes infantiles, mal defendidas por unos harapos, las carnes depauperadas y mugrientas, juntábanse buscando un poco de calor. Para ellos era la noche la gran cobijadora. Entonces, sustraídos al trabajo, solo pensaban en dormir, y la fatiga de sus cuerpos huacales propiciaba el sueño. De pronto la campana de las canteras arrojaba sobre ellos su conminación, golpeándoles con sus notas alborotadoras; abríase bruscamente la puerta y Anselmo, fatiga en mano, avivaba a los remisos, falta de alma para comprender que a un niño solo puede despertarse con un beso. Y los pequeños corrían huyendo del castigo y espantando el sueño que todavía pesaba sobre sus párpados.

Un hambre y una mujer eran los únicos seres que sabían acariciarlos y reír con sus risas, porque un niño, aun en medio de las lágrimas, tiene ganas de reír. El se llamaba Poldo, y ella Luisa. Pero hacía muchos días que Luisa permanecía encerrada, sin mostrarse a nadie, y Poldo, abstraído en su pena, ni los miraba.

Y allá iban, los «Hijos de Nadie» a reunirse con sus hermanos de dolor, los obreros, para arrancar entre todos el duro mármol a la montaña.

«Parece que se le va a ir la vida entre suspiro y suspiro», había dicho Anselmo a la Condesa habiéndole de la huérfana.

Y era verdad.

Ana Carani lograba lo que se propusiera.

Primero alejó a su hijo de las canteras, luego violó su correspondencia, y falsificando las cartas, en un principio, y suspendiéndolas después, aisló a los amantes. Arnaldo, que ignoraba la orfandad de su novia, aunque sin explicarse su silencio, no se apresuró a inquirir los motivos, aplazando su averigua-



... que sabían acariciarlos y reír con sus risas...

ción para cuando volviese a su patria; y Luisa, herida en su orgullo de mujer porque sus cartas no tenían respuesta, dejó de escribirle, aceptando las torturas de sentirse abandonada antes que la humillación de mendigar un amor que parecía negársele. Prefería sufrir sola a la vergüenza de llamar a un hombre que, al no escribirla, daba a entender que ya no la quería.



Más apasionado que nunca, Poldo seguía atentamente el lento proceso de la caída de aquella juventud que se desbarataba agrietándose por la corrosiva acción del llanto. No daba un paso Luisa que él no advirtiese y no caía una lágrima de sus ojos sin que él no sufriera el fuego de la pena que ella había enajado en los párpados. Pero era inútil que fuese a ella con palabras amigas y acariciadoras.

En cierta ocasión, Poldo venció su timidez, decidido a rasgar el misterio en que Luisa encerraba sus amarguras y dispuesto a ofrecerle la sinceridad de su cariño.

— Quiero hablarte, Luisa.

Con parecidas palabras, una noche, su padre abrió la senda del dolor que desde aquella hora hubo de seguir Luisa y que a él lo llevó al sepulcro.

— Quiero decirte algo muy serio y muy hondo.

La huérfana estremecióse largamente.

— Poldo, ¿y si no hablastes?

— No puedo, Luisa. Ya es tarde para callar. He esperado mucho.

Tuvo ella el amago de un desvanecimiento y él la sostuvo en sus brazos, como hubiera sostenido una imagen.

— No hables, Poldo, no hables. Me haría mucho daño decirte que no.

Una convulsión deshizo el gesto del hombre. Ella acababa de decirse lo todo. ¡Todo para él!

Poldo abatió la cabeza y no pudo contener el estallido de un sollozo.

Una mañana, poco después de levantarse, Luisa sintió una sacudida de todo su ser, un largo e intenso latido de sus entrañas, como si en su cuerpo se estuviese realizando el prodigio del nacimiento de una vida. Anhelante, abiertos los ojos a una perspectiva de pri-

mavera y de sol, ella hizo el silencio dentro de sí y una nueva sacudida anuncióle que el milagro estaba hecho. La huérfana tuvo entonces como un despertar de la somnolencia de sus padecimientos. Poseída de una dicha inefable, alzaba las manos a lo alto y en su cara tétrica de mártir resplandecía el fuego de la sangre.

Ya no estaba sola en el mundo. Desde este instante, el milagro hecho carne de un hijo le acompañaría y, para aquel florecer de su amor, ella tendría todas las ternuras. De nuevo andaba en su alma la esperanza. La gloria de la maternidad rendía las pasadas angustias, alejándolas del recuerdo. Su cuerpo en triunfo iba a revivir con una reviviscencia esplendorosa, de afanes por el sagrado depósito que llevaba, de ansias de vitalidad para defender el legado magnífico de su pasión.

¡Un hijo!

Imaginaba ya las rutas de los nuevos días, llenas de armónicas resonancias. Imaginaba ya un futuro dorado de balbuceos, con el pedazo de sus entrañas en la cuna de los brazos recorriendo los caminos del mundo. Imaginaba ya largas marchas por senderos llanos, para mostrar a todos los seres y a todas las cosas el fruto maravilloso de su amor. ¡el hijo!

Aquel día transcurrió para Luisa soñando con un porvenir en que las voces trémulas de su chiquitín le alborazarían el corazón, cansado de padecer.

— Vaya, han cambiado los tiempos. Es la primera vez que te veo alegre — le dijo la viuda.

Y Poldo, alegre él también al verla contenta, asintió.

— Por fin... Dios te salve, Luisa y te guarde de lo que ya pasó.

Como asustada al oír que la hablaban, alzó los ojos hacia sus amigos y, un instante, quiso desaparecer, ocultarse donde nadie pudiera robarle su alborozo, que sólo pertenecía a su hijo. De pronto, súbitamente encendida, permaneció inmóvil, y mirando a Poldo sonrió como nunca lo hiciera.

Pero después de aquel día y de aquella noche, vinieron otros y después de las alegrías de los primeros momentos volvieron las penas.

Fué su pensamiento el que tuvo la culpa de este brusco despertar.

Pues ella pensó que...

Sobre las madres por amor, sólo por amor, madres que no tuvieron en cuenta para serlo ni el artificio de la ley ni la artificiosa moral de los hombres, pesaba el desprecio y el escarnio.

Y las pobres madres, envilecidas por la profanación del sentimiento más rico en virtudes, se ocultan y huyen, empajadas hacia la ignominia por la brutal dureza de los mismos que las impulsaron a la caída, caída que, cuando concluye glorificándose con el nacimiento de un hijo, es un alzarse a las solitarias y puras regiones de la santidad.

Y sabiendo las tristes verdades que hieren a las pobres madres como ella, Luisa tuvo miedo. Se hizo recelosa, miraba con desconfianza a todos los seres que vivían a su alrededor y en su actitud existía algo como la apariencia de una defensa, no se sabía contra qué ni contra quién.

Avanzaba la gestación del hijo. Cada vez él pedía con más insistencia que se le atendiese. Luisa llegó a temer que su estado se trasluciera con las marcas indelebles que son la aureola de la mujer, y un día, levantándose muy temprano, desapareció de la casita.

Nadie la vió alejarse por los caminos, sola

con el peso de su maternidad, y ella anduvo todo el día sin cansancio, animada por el deseo de abandonar para siempre los mudos lugares testigos de su desgracia.

Era ya entrada la noche cuando se detuvo, cogida por un desfallecimiento, cerca de la corriente de un río. La voz del agua parecía invitarla a alguna fiesta sombría. Luisa oyó su insinuante invitación. ¿Por qué no concluir con una vida que era un largo martirio? Miró el río a sus pies...

Mas allí estaba el hijo, y los halidos de la vida naciente devolvieron la voluntad de vivir. Ella ya no se pertenecía y, cambiando de ideas, arrojó al agua su chal: esta ligera prenda sería el testimonio de su muerte. Llorarían los amigos y nadie pensaría en buscarla.

Y, vuelta al camino, Luisa reanudó su marcha.



En Niza, donde vivía desde que salió de Carrara por orden de su madre, pasaba Arnaldo su existencia arreglada en una ruella ociosidad. El alegre pueblo francés, sin la populosidad de las grandes capitales y de las ciudades industriales, y con el cosmopolitismo de una inmigración trashumante, que llenaba sus hoteles y sus parques con un público venido de todos los países, rico y des- preocupado, era una agradable residencia de paso, un sitio favorecido por una tierra fecunda en flores y un clima apacible, grato a la diversión y al olvido.

Pero el Conde no olvidaba. Cierta que ya no recibía cartas de Luisa y que, por lo mismo, él tampoco le escribía. Verdad además que hacía un mes conocía a Edvigis Lassati, joven de la aristocracia romana a la que, visitó una vez, presentada a ella por cartas de Ana Carani, y a la que desde entonces acompañaba con frecuencia. Sin embargo, esto no significaba que él renunciase a la hija de Vitalbi.

La tarde estaba lluviosa, y Arnaldo, sin deseos de salir, se refugió en su gabinete. Fatigado por el tedio, dejaba que su mirada vagase hacia las lejanas montañas de Italia, que se recostaban sobre el cielo con las cimas ocultas entre nubes. Abajo, en los salones del hotel, sonaban las hirientes discordan-

cias de un «jazz», riego de notas estrafalarias, a cuyos sonos se desarticulaban las parejas siguiendo el ritmo sensual de la orquesta.

Llamaron. Un botones le presentó la correspondencia. Arnaldo no tenía ganas de leer, desasida como estaba de las cosas por el aburrimiento de la jornada, y con un gesto indicó al botones que la dejase en cualquier sitio; y otra vez vuelto de espaldas, el rostro junto a los cristales, miró como en el horizonte se formaban las brumas precursoras del invierno.

Luego pensó a jugar con el correo, sin tener conciencia de lo que hacía. La letra de su madre, de rasgos bruscos y grueso trazo, redujo su atención. Abrió la carta a desgana, como obligado y comenzó a leer... Poco a poco, la lectura fue traduciendo en su rostro impresiones de sorpresa y de dolor.

Estrujó la carta.

Y con los ojos cerrados, que filtraban una lágrima, vió, sin quererlo, dentro de dos marcos circulares que se superponían, a Luisa y Edvigis. Primero apareciósele la amada de su juventud, y lentamente, sobre su figura armoniosa dibujóse otra nueva, y esta última era el retrato de la aristócrata romana.

El Conde se recobró, borrando la desoladora visión. En su actitud abatida, la amargura había impreso su huella. Cerrábanse sus manos sobre la carta que había venido a turbarle, y su cuerpo, estremecido por la congoja, vacilaba.

Arnaldo amaba intensamente a Luisa, la amaba a través del espacio y a pesar del tiempo transcurrido sin verla ni saber noticias de su vida; la amaba por encima de la voluntad de su madre; y he aquí que Ana Carani, decíale que Luisa se había suicidado.

Arnaldo lloró su pena. Lloró un día...

Poco tiempo después, la Condesa escribía de nuevo a su hijo aconsejándole que pidiese la mano de Eduvigis, y aquella misma noche el Conde bailó con la descendiente de los Lassati y vertió en sus oídos palabras propicias, palabras análogas a las que, meses antes, dijera a la hija del guardián de las canteras.

¿Podía censurársele por su conducta? Arnaldo era un joven sin voluntad, propenso a someterse al yugo de todas las fuerzas. Su madre hablale convertido en un hombre borracho y de carácter acomodaticio. El amor de Luisa pudo, mientras ella vivió, provocar en él un atisbo de firmeza, descubriendo las energías de su personalidad latente; pero muerta ella, bastó que Ana Carani le dijese: «Haz esto», para que él obedeciese.

El Conde no amaba a Eduvigis. Gustábase de ella su belleza y su juventud y halagábanle lo rancio de su ahiengo, la distinción de los suyos y el ambiente suntuoso de su casa. Y como nada tenía que hacer, pues nada le habían enseñado, y como su pensamiento era incapaz de concebir un rumbo y de alumbrar una idea que le arrojase a una vida activa, exclusivamente suya, ajena a la mediatización materna, pensó que el matrimonio que se le aconsejaba convenía a unos proyectos de que carecía, librándole de preocupaciones y asegurándole un porvenir agradable.

El Conde procedía seguro de que Luisa había muerto, y en medio del bullicio de la fiesta, que se celebraba en los salones del Gran Hotel, deslumbrado por las luces y embriagado por el perfume de las mujeres, sintió como si allí surgiese una esperanza graciosa.

— Mi «Bayardo» se envicia cuando no se le hace galopar un poco y su yegua genovesa

necesita el estímulo de un caballo como el mío para lucir su agilidad en la carrera.

Arnaldo y Eduvigis hablaban recostados en un diván, en ese mundano abandono favorable a todas las tentaciones.

— No miento si digo que me sorprende el deseo de usted, Arnaldo. Hace dos días que le insinué a usted el mismo propósito y usted se calló.

El Conde estrechó entre sus manos una mano de la joven:

— ¿Y si fuese verdad que yo no acepté su invitación porque no estaba seguro de mí mismo? Yo, Eduvigis...

Levantáronse y, saliendo del salón, perdieron en las sombras del parque. El surtidor de una fontana ponía en la noche una alegría infantil y el murmurio de las Arboles recitaba las graves palabras de un salmo. Hubo un silencio. Y la noche suspiró sacudida por el estallido de un beso.

Al día siguiente, Arnaldo y Eduvigis paseaban a caballo por la avenida de los tilos, en los jardines del Duque Leopoldo.

Luisa, en tanto, había encontrado el apoyo de una buena mujer, que la halló desfallecida al borde de un camino y la condujo a su casa, dándole albergue y consuelo. La casa, situada en el campo, lejos de la ciudad y aislada del humano tráfico, favorecía los deseos de Luisa. Abandonada a sí misma, ella no vivía más que para su hijo y aquel refugio prometíale horas de paz, libre del



temor de que viniese a turbarla la presencia de gentes conocidas.

No se acordaba de Poldo, que, al conocer su desaparición, la buscó por todas partes: la buscó en el valle, la buscó en la montaña, la buscó en las quebradas y en el interior de las minas de las canteras, y registró las rocas y corrió por los contornos, llamándola, sin que a sus voces no respondiese más que el eco. Fue él quien descubrió su chal a merced de la corriente y el primero que la halló creyendo en su muerte. Con aquel leve indicio, volvió a las canteras y dio la noticia de su suicidio, que Anselmo apresuró a comunicar a la Condesa.

Un mes más tarde, Luisa pudo gustar las espirituales delicias de dar la vida a su hijo y el placer de sostenerla celebrando el misterio austero de la maternidad.

En los primeros tiempos de este gran suceso, después de la gloria de arrancar a las sombras de sus entrañas el fruto de su pasión, absorbida en los goces de su estado, no pensó en nada. Luego vinieron las horas de largo meditar, y entonces el temor a la muerte llenóla de pavorosos presentimientos. Evocó las escenas que presenciara en las canteras, donde los «hijos de Nadie» sufrían el suplicio de un bárbaro trabajo diario, sin una palabra de afecto ni una caricia, y el miedo de que el suyo tuviese el mismo fin si ella se moría, decidióla a lo que nunca se hubiera atrevido sin el impulso de una causa tan poderosa.

Luisa escribió a Arnaldo.

Pero no fué Arnaldo el que recibió la carta, sino Ana Carani que, al enterarse de que existía aún, partió hacia Carrara, dispuesta a alejar el peligro que se cernía sobre sus planes, precisamente ahora que éstos hallábanse en plena realización.

La entrevista de la Condesa y Anselmo celebróse en la casa del guardián, y por esto Poldo, sin pretenderla, habiendo oído el nombre de Luisa en labios de Ana Carani, despertó a la sospecha, y, puesto en acecho, supo la verdad acerca de la hija de Vitoldo, desde lo más alegre — el hecho de su existencia —, a lo más triste — el secreto de sus amores con Arnaldo.

En cuanto Ana Carani adquirió la evidencia de que la carta de Luisa era auténtica, se puso en camino, dirigiéndose al lugar en que ella vivía.

Al ver entrar a la odiosa mujer, el estapor de Luisa fué indescriptible. Su instinto hizo sentir una desgracia y corrió a tomar en sus brazos al hijo para defenderlo. Pero era ella demasiado ingenua y la Condesa Carani demasiado astuta.

— ¿No te acuerdas de mí? — preguntó con fingida amabilidad.

La pobre madre alejóse de la proximidad de Ana Carani, instigada por oscuros temores.

— Parece como si me tuvieras miedo y eso sería injusto, porque he venido a traerte noticias de Arnaldo. He aquí una carta suya para ti.

La ingenua cogió la carta con temblorosa mano; una sonrisa feliz irradió en su rostro. Ella entonces miró con una esperanza que palpataba en sus menores gestos a Ana Carani, y en un arranque de efusión se humilló delante de aquella mujer.

— Temi que fueses a arrojarme de tu casa. Vaya una manera de recibirme.

— Perdóneme, señora. ¡He sufrido tanto! Y trataba de hacerse perdonar con los ojos llenos de súplicas.

— Vengo a llevarme el hijo de Arnaldo. Su padre quiere conocerlo.

Fue tan inesperado lo que oyó, que Luisa, aterrada, quiso huir, encaminándose a la puerta.

¿Qué haces? ¿A dónde vas? Es él quien



... aprovechándose de que la madre, vencida por el dolor, no era ya un obstáculo...

te lo pido, y puesto que es su padre y tu prometido, parece natural que desee conocer al que ha de llevar su nombre.

Detenida por estas palabras, ella comenzó a vacilar.

— Comprenderás — añadió Ana Carani — que al pedirte que se lo dejes en su compañía unos días, Arnaldo no pretendió sino legali-

zar su situación, mientras vosotros no os caséis, y tú no tienes derecho a disponer del porvenir del niño.

Desde este momento, Luisa ya no puso resistencia. Se trataba de su hijo, de su fortuna el día de mañana, y consintió en lo que se le pedía.

Como si intuyese los sentimientos de Luisa, Ana Carani había dicho la palabra justa, y al llegar ese instante, aprovechándose de que la madre, vencida por el dolor, no era ya un obstáculo a sus designios, desapareció, llevándose el niño.



## VI

El despertar de Luisa fué horrendo. Al encontrarse sin su hijo, no pudo resistir la violencia de su pena y abrazóse a la cuna en la que tantas veces él había dormido, mientras ella velaba su sueño. Y el espectáculo de la camita vacía y el silencio de la habitación, en la que ya no se oían sus gemidos, abrasó sus ojos. Con angustiada voz llamaba a su hijo, que no podía oírle. ¿Qué sería de ella sin él? ¿A quién mecerían sus brazos?

¡Hijo! ¡Hijo mío!

Y, desalentada, salió a los caminos en busca de su niño, del niño que le habían robado.

Afortunadamente vino a distraerla la presencia de Poldo, el cual, en cuanto supo que vivía aún, dióse maña para descubrir su paradero. El guardián de las canteras acudió a su lado, con su amor presto al sacrificio, y supo consolarla oyendo el relato de sus infortunios.

Pero transcurrieron los días y ella comenzó a sentir serios temores. Todas las mañanas, el cartero pasaba por su puerta sin traerle la carta que esperaba. Luisa volvió entonces a repasar los incidentes de la visita de la Condesa y los detalles de la conducta de esta mujer cuando descubrió sus relaciones con Arnaldo.

— Poldo, tengo miedo. No me escriben. El amigo, que abrigaba los mismos temores,

supo callarlos, sin embargo, para dar ánimos a la desgraciada madre.

— ¿Qué habrán hecho con mi hijo?

— ¿Qué iban a hacer? La Condesa puede ser mala, pero no hasta ese extremo. Pasó un nuevo día.



¿A quién mecerían sus brazos?

— Poldo, si mañana no tengo carta, no espero más. Me voy a Florencia a recabrar lo que sólo es mío.

Y pasó aquel día, y cuando Poldo, como de costumbre, volvió a la casa de la buena mujer que recogiera a Luisa, supo que ésta, al no recibir la carta que esperaba, había par-

tido para la capital del antiguo ducado de Toscana.

En un modesto departamento del correo de Florencia, Luisa atravesaba las tierras que deslumbró el sol del Renacimiento. Recogida en su amargura, miraba inadvertidamente la campiña toscana, alenta por manera exclusiva a su dolor. Absorta en su pena, sólo le preocupaba la lentitud del tren.

La angustia abrumadora de un posible desastre encogía su corazón, y ella no respiró hasta que el tren llegó a su destino.

En cuanto dejó el coche, Luisa púsose a caminar recorriendo las calles como una sombra, y anduvo de un lado a otro sin saber a donde dirigirse. Apercibiéndose al fin de que no conocía la dirección del palacio de los Carani y preguntó entonces a los transeúntes para que la orientasen.

— ¿Sabe usted dónde viven los Condes de Carani?

Los florentinos miraban con cierto estupor a esta mujer joven y pálida, con la palidez mate de un muerto, que preguntaba llorosa por una de las familias más ilustres de la ciudad.

— La Condesa se llevó mi hijo y vengo a pedirle que me lo devuelva — decía con inconsciencia dolorosa.

Perplejas por la actitud de Luisa, un poco de loca, las gentes no le hacían caso, y la angustia madre seguía recorriendo su *Via crucis*, preguntando siempre, sin fatiga en su cuerpo ni cansancio en sus pies, que habían recorrido todas las sendas del dolor.

— ¿Qué sabía ella del mundo y de su insensibilidad hacia las penas de los hombres? Y su ignorancia hacía más pesada su cruz.

— ¡Díganme por favor dónde viven los Condes de Carani! — imploraba a los que

pasaban por su lado, rogando una respuesta como si pidiese limosna.

Y por caridad averiguó lo que quería, y así, preguntando en todas las estaciones de su calvaria, pudo llegar a la puerta del palacio de los Carani, donde debía hallarse su niño y donde vivía el hombre que infamó su existencia dándole el marco de la tragedia.

Se detuvo, sujetando su corazón que latía alcadadamente y miró con ansia a través de la verja que circundaba el jardín en que se alzaba el palacio. Rendíale el pesar. No tenía fuerzas.

Un coche paróse a la entrada de los jardines. De él descendió una joven con la frente armada por un ramo de azahar.

Detrás de este coche, llegaron otros.

Criados con fibrea cruzaron por delante de los ojos de la huérfana. Nadie la miraba. Todos parecían ajenos a su angustia.

Llegaron hasta ella rumores de fiesta.

Quiso preguntar y no se atrevió, temiendo que no le hiciesen caso.

Luisa seguía esperando no sabía qué, con los ojos llenos de sombras.

Haciendo un esfuerzo de valor, llamó a un criado.

Deseo hablar con la Condesa Carani.

— La señora Condesa no recibe hoy a sus pobres.

Creó que la vida la abandonaba definitivamente.

— Dígame que es Luisa Vitalbi la que está aquí; dígame que soy yo, que vengo a llevarme mi hijo.

Pero el criado ya no la oía. Nuevos invitados reclamaban su atención.

Envueltas en una onda de perfumes de flores blancas, flores de desposada, llegaron



hasta ella los compases de un himno religioso, las armonías de una música severa.

¿Qué hacer?

Luisa no lo sabía, como si hubiese perdido la voluntad, como si sus esperanzas naufragasen en aquel torbellino de gentes que reían y hablaban en voz alta.

Y siguió esperando.

## VII

Detrás de Luisa llegó Poldo a Florencia y fuése directamente al palacio de los Coranti. Conocido de antiguo en la casa, a la que, como guardián de las canteras, había ido otras veces a recibir órdenes, no halló dificultades para entrar.

Una multitud elegante llenaba las estancias del palacio. Aquella mañana habíase celebrado la boda de Arnaldo y Edvigis.

Los salones, llenos de invitados, rebosaban la alegría jovinal con que era acogido el matrimonio de los dos jóvenes.

Anselmo, el capataz, había sido invitado también, en agradecimiento a sus buenos servicios. Situado en segundo término, entre los criados, fué el primero que advirtió la presencia de Poldo y tuvo como un atisbo de lo que iba a suceder.

— Poldo ¡tú aquí! — dijo con naturalidad, como si no le extrañase su presencia.

— Sí, ya aquí, yo que vengo a concluir con las farsas de nuestra ama.

— ¡Cállate! ¡No grites!

— ¿Dónde está Luisa?

— Vuelve esta tarde, Poldo. Ahora, ya ves...

— No; ya no salgo sin saber qué habéis hecho de la hija de Vitalbi. ¡Quiero hablar a la Condesa y decirle lo que nadie se atrevió a decirle nunca!

Sus voces amenazaban promover un escándalo.

— Pronto. No quiero esperar. Llama a la señora.

Pero no fué necesario llamarla. Ana Carani se presentó y llevóse a Poldo lejos de la proximidad de los invitados.



... a la que halló forcejeando con unos criados.

Señora — comenzó diciendo Poldo con acritud, — no saldré de su casa sin que me acompañen Luisa y su hijo.

Una furia incontenible reflejábanse en el rostro del guardián. La Condesa titubeó, sin palabras para apaciguar la cólera de aquel hombre.

— Cállese, Poldo. Verá usted, Luisa...

Oyóse un grito de mujer herida, y Poldo salió adivinando a Luisa, a la que halló forcejeando con unos criados.

Los puños fuertes del amigo libertaron a Luisa, y juntos volvieron a la habitación en que se encontraban Ana Carani y su cómplice.

Había sonado la hora de la justicia. Las infamias de Ana Carani iban a ser puestas al descubierto, desnudando así el alma de aquella mujer que las llamó con la sangrienta luz de su espíritu perverso.

Frente a ella estaba ahora la madre, que exigía se le entregase su hijo.

— ¿Qué has hecho de él? ¡Devuélvemelo!

Tumultuada por sus servidores, la Condesa permanecía encerrada en un mutismo agresivo.

— ¡Habla! ¿Qué has hecho de mi hijo?

Sucedía esto cuando Arnaldo y Edvigis disponíanse a salir en viaje de novios. El Conde buscaba a su madre para despedirse y un criado le encaminó a la habitación en que estaba con Luisa, aplastada por los gritos de indignación de la pobre muchacha, la víctima que ella pasó por las estancias de la angustia sin compasión ninguna.

Arnaldo se hizo atrás al ver a la hija de Vitalbi.

Un silencio profundo pesó sobre todos.

— ¿Tú?... Entonces ¿por qué — preguntó Arnaldo a su madre — me dijiste que había muerto?

Ana Carani no se atrevió a defenderse.

— ¿Callas? Pues basta ya. Soy yo el que, por una vez, manda en ti y en tu casa, que es mía, y te ordena que me expliques lo que ha pasado.

Y fué la voz de Poldo la que acusó, refiriendo los tristes sucesos en que intervino Ana Carani como un espíritu del mal, destro-



zando la vida de Luisa y robándole el hijo.

— Su hijo, señor Conde — concluyó Poldo.

El asombro puso su signo interrogante en las facciones de Arnaldo.

— ¡Mi hijo! ¿Y dónde está mi hijo?

Anselmo, en tanto, sin que nadie lo advir-



— Yo os agradezco vuestros plácemes...

hiera, había salido atendiendo una indicación de la Condesa. Poco después volvía.

— Tu hijo ha muerto. He aquí la partida de su defunción — dijo Ana Carani tomando un pliego de manos de Anselmo.

— ¡Mi hijo ha muerto! — repitió Luisa.

Y a su rostro acentuábase la lecura. Erguida e inmóvil, los ojos como vacíos de miradas, secos y duros, rígidos los brazos, las mejillas

sin color, se destacó del grupo como la imagen de la desolación.

Acababan de asesinar su pobre alma. Y era la mujer fatal que tanto daño le había hecho, la que le asestaba el golpe de muerte.

Ninguno de los circunstantes se movió. Todos esperaban que aquella muerta viva que estaba entre ellos diese un paso, su último paso.

En la puerta de la sala apareció Eduvigis, que avanzó con desprecupación.

— ¿Quién es esta joven?

— Una modista, que viene, en nombre de sus compañeras, a felicitarte... Se ha puesto mala hace un instante — explicó Ana Carani sin vacilaciones.

Con la inconsciencia de su felicidad, la desposada acercóse a Luisa y acarició sus mejillas.

— Yo os agradezco vuestros plácemes, a ti y a tus compañeras. Me siento completamente dichosa y espero seguirlo siendo al lado de Arnaldo.

Las palabras de Eduvigis caían una a una en el alma llagada de la desposada de toda alegría, y en su rostro impasible, de una hierática gravedad, no se tradujo impresión alguna.

— ¿Vienes, Arnaldo? — preguntó Eduvigis, como si no sintiese la angustia que palpitaba a su alrededor.

El Conde siguió a su mujer, volvió sobre sus pasos, miró a Luisa y salió rápidamente.

## SEGUNDA PARTE

### Sor Dolores

#### I

En el jardín del Señor ha florecido un rosal,  
rosal cuajado de blancas rosas, conjugadas  
en graciosos corimbos como las alabanzas  
de un Salmo.

Tiene la rosa mística el perfume evangélico  
de las vírgenes consagradas, de las esposas  
del blando Jesús, del Dios que amó a Marta  
y amó a María, amó a una hija de Samaría,  
que calmó su sed de hombre, y amó a María de  
Magdala, la muy pecadora.

Elas visten largas túnicas del color de la  
pureza y son sus almas los pomos que encie-  
rran las esencias nazarénicas.



La voz del convento es la oración, refugio de los espíritus que quieren elevarse a las alturas de las regiones sin mancha.

Por los claustros en calma, en que el silencio vive horas de eternidad, pasan las dulces prometidas del hijo del carpintero, de aquel que portó en sus manos, como simbólica de los amores del Bien Amado, la vara de azucenas.

Sombras blancas de la Ciudad de Dios, favoritas de las virtudes teologales, dancellas que un día os ofrecisteis al Habi... Para vosotros es la vida un remanso de paz.

Pero alguien llora en su celda. Es una profesita a la que persiguen los recuerdos del mundo, que sacudieron su vida a punto de naufragar.

Hoy es el día de su bautismo glorioso, de sus bodas divinas.

Chirrían los goznes de la cancela que cierra el paso al Presbiterio. Como espectros blan-

cos, lívidos y fríos, surgen las monjas en dos filas: seis en cada una. Son las doce estrellas de la corona de la Inmaculada. Rumorean, postrándose de hinojos.

El silencio, sorprendido por las blandas pisadas de las vírgenes, huye o esconde. Y el chisporroteo de los cirios aleja las sombras que se retuercen reptando por los escendrijos.

Notas cantarinas y algareras vienen del campanil monjil. La campana de las profesas hace su voz de plata para recibir a la novicia. Y la melancolía del saltarín campaneo vierte en el templo los sonos de una música que recuerda, no sé por qué, el triste agonizar de un niño.

Comienza la ceremonia.

La voz pastosa de la Priora marcara unas palabras latinas, cuyas últimas sílabas recogen las monjitas reproduciéndolas con el entusiasmo de un grifo de alcuva. Es un rezo melodioso que no perturba la melodía del silencio; es la voz oculta del silencio mismo; su gradación cromática exprime las esencias del vacío que lo contiene. Y la sonatina de voces, suave como un *pizzicato*, se transfiere en las piedras del sagrado recinto, y los paramentos del color de la tumba que penden de las arcadas, rizanse como si de sus entrañas fuese a evidenciarse la mística del canto, y danzan a compás, como niñas satíricas, las flamas de los cirios.

Se acerca la hora nupcial, la hora encendida del amor pasional.

Ya no se llama Luisa. Su nombre es Sor Dolores.

Ya no llegan a ella las turbulencias del mundo.

Sin embargo, su alma no está aún en paz con los seres y las cosas.

Oíd:

Un día — cuántos años hace de esto? tan sólo tres, acaso menos. — una mujer que había amado mucho, supo que su amante acababa de unirse a otra mujer, y supo aún más: supo que su hijo, el fruto de su amor, había muerto. Hasta entonces, ella, que sufrió la soledad de un amorgo abandonado, tuvo fuerzas para resistir, y caminaba por el mundo con la aureola de la esperanza. Pero arrancándole el hijo de los brazos y, desde ese momento, su vida careció de sentido.

Vaciaron sus pies. Sus ojos buscaron en torno un asidero a su alma desprendida, y falta de apoyo, miró a una cruz y a la cruz se dirigió, cobijándose entre las alas de sus brazos abiertos.

Sabéis su nombre. Antes se llamaba Luisa Vitalbi y ahora Sor Dolores.

Antes vivía sin hogar y sin familia. Ahora tiene una celda, linda y chiquita, nido de plegarias; una iglesia amplia y sobera, donde la voz de sus pensamientos y los apagados gemidos de sus pasadas angustias, hallan espacio para hacerse oír. Tiene, además, muchas hermanas, dulces y suaves, que la acompañan a la hora del rezo; un jardín conventual en el que la vara cristalina de un surtidor se adorna con flores perennes y, fuera del recinto amurallado del convento, un campo anchuroso por el que, a veces, pasea, deteniéndose con los niños que le salen al encuentro, a los que acaricia las sedosas mejillas, dice palabras buenas y regala estampas.

Alta la noche, cuando en las celdas sólo se oía la respiración sosegada de las hijas de

la mártir de Colonia — Ursula, la del buen decir, — Sor Dolores suplicábase rendida por la pena y ansiosa de la gracia del Señor, orando en un reclinatorio, a los pies de un crucifijo. Oculta bajo la blanca vesta del hábito, el rostro sollozante entre las manos, ella volvía a ser Luisa Vitalbi, y de su corazón herido por los siete puñales de su pasión, manaba la sangre de la maternidad llagada.

Las horas de la noche deslizábanse cerca de ella, y todas sorprendíanla en la misma actitud.

Tu sierva soy, Señor. ¡Perdóname! Tu sierva soy, Señor, y no puedo sepultar en el olvido a mi hijo — rogaba, juntas las manos, que elevaban hacia Él la estrofa del dolor.

Porque la triste hermanita era una huérfana del amor maternal, huérfana de su hijo, muerta a poco de nacer.

Y tan angustioso resultaba su ruego, que el buen Jesús solía enviarle como visión de lo alto la del chiquitín que había perdido.

Sor Dolores, extática, evocaba mirando el crucifijo. Lentamente, como en un desdoblamiento ideal, el cuerpo sanguinoso del manso Galileo, íbase esfumando en una luz lechosa, polvillo, sutil aurificado al pronto para ser marco de un recién nacido que miraba a su madre tendiéndole los brazos. Y la madre aprehente, loca de ternura, tendíale los suyos y alzábale para caminar hacia él y robarlo a la vida imaginaria, dándole otra vez privilegio de realidad de carne blanda y palpitable. Mas desvaneciase la ilusión y Sor Dolores volvía a caer de rodillas, con el pecho roto por los sollozos.

— ¡Perdóname, Señor!... Tuya soy; haz y deshaz en mí conforme tu voluntad.

El drama increado de su vida, después de alcanzar las cumbres de su gólgota el día





¡Perdóname, Señor!... ¡Tuya soy...

terrible de las bodas de Arnaldo, renovábase en estos momentos en que su cariño de madre necesitaba al hijo para quererle, vaciando las ternuras contenidas en su alma.

Por eso, ella sentíase un poco madre de todos los niños y buscábalos las tardes en que salía de paseo.

Era en la hora triste del crepúsculo. El cielo adquiría una luminosidad violeta y la luz del sol en ocaso resbalaba por las crestas de los montes lejanos vistiendo los campos con manto de seda morada.

El paso de Sor Dolores, blando y suave, dijérase que tenía aplastar las florecillas y los insectos, como si el panteísmo de Francisco de Asís también andase en ella.

Conociánla los niños y, al verla, corrían a su encuentro con las gargantas llenas de gorjeos y los ojos encendidos de alegría.

Buenas tardes, hermanita.

— Buenas tardes, Sor Dolores.

— Buenas tardes.

Rodeábala una adolescente de rubia trenza y piel luminosa, una chiquilina feúcha y morena y un rapaz de nariz respingona y rostro atezado.

— ¿Fuiste buena, hoy?

— Sí, hermanita — contestaba la rubia con blanda entonación de voz.

— ¿Y tú?

— También — respondía la feúcha con la boca reventándole de risa.

— Y yo, hermanita, también fui bueno — adelantábase a decir el rapaz con el ceño fruncido y un dedo burlando en la nariz.

Las manos de Sor Dolores se apoyaban en las liernas cabezas, mientras sus ojos miraban a Dios.

La tarde declinaba. Las fragancias de las flores que debían morir aquella noche ex-

padrianse, como en una oferta copiosa de víctimas propicias al sacrificio.

Y Sor Dolores, mezclada con los niños, erguida entre ellos, rogaba por sus vidas, ahogando el suspiro que nacía en su alma llena de recuerdos.

La Condesa Carani, en su protervo afán de poner fin, fuera como fuese, a la aventura de Arnaldo, no titubeó en cometer el más monstruoso de los atentados contra los derechos de una madre, diciendo que había muerto el hijo de Luisa. E insensible a su dolor, tal que si en ella estuviesen abstraídos los manantiales de la piedad, después de robar el niño, obtuvo una acta falsa de defunción.

Sólo Anselmo, cómplice de la barbara hazaña, conocía el hecho, y en esta tranquilidad, Ana Carani creyó llegado el momento de gozarse en su obra, libre de las inquietudes que le obsesionaron en los días primeros del matrimonio de Arnaldo.

En el regalo del palacio, gustaban los Condes y la vieja Condesa de un reposo magnificado por las gracias tempranas de Blanca, fruto de la unión de Arnaldo y Eduvigis. Con el corazón rejuvenecido por el cariño de la nieta, Ana Carani ponía en esta las caricias que nunca había concedido a nadie durante su despótica juventud y en los años, fallos de ternura, de la edad adulta.

La abuela y la nieta, juntas siempre, como dos amigas, jugaban rodeadas de las cosas vernáculas, vestigios de los que fueron, en las salones del palacio, un poco niña también



Ana Carani, aunque sus risas y sus palabras tuviesen el tono senil de lo que muere.

— Dejadme a Blanca — decía, cuando Eduvigis llamaba a su hija, temerosa de que sus juegos fatigasen a la anciana.

— Ella es la muñeca de mis últimos años.



— Ella es la muñeca de mis últimos años...

— añadía con el alma conturbada por un amor nuevo.

¡Pero mamá, si Blanca es muy traviesa!... Después te quejas de que te duele el corazón.

— No importa, dejadme; con ella me encuentro mejor que con vosotros.

Tenían que acceder a sus ruegos, y la abuela

y la nieta seguían jugando y queriéndose con esa torpeza de lo que empieza, en la niñez y de lo que se acaba, en la vejez.

El peso de los años había concluido por debilitar su dura naturaleza, aquella su férrea voluntad, despertando, al mismo tiempo, su conciencia, hasta entonces adormecida por el tráfago de una constante lucha.

Su cabeza, antes erguida y valiente, en que los ojos eran, con sus pupilas penetrantes, como barrenos del pensamiento ajeno, abatiase cubierta de nieve. Y el cuerpo, fuerte e incensable en los tiempos idos, comenzaba a encorvarse.

No podía estar sola, porque la soledad hacía daño. Pensaba entonces, sin que le fuera dable evitarlo, en el hijo sin madre y en la madre sin hijo que, por decisión suya, fueron separados para siempre. Nacían en su alma los remordimientos. Acordábase de Luisa Vitalini, la madre que recogió su infancia, y acordábase del niño inocente, al que ella privó de los besos maternales.

Del reloj del destino caía la hora que debía alumbrar las fuerzas vengadoras de las acciones culposas, doblegando a Ana Carani al mandato imperativo de la conciencia.

— Dí, ¿te acuerdas? — parecía decirle una voz justiciera.

Y, al oírlo, la anciana estremeciase de paura.

— Ella era una buena muchacha que amaba a Arnaldo y que, por amarle como lo amó, tuvo un hijo.

Ana Carani sentía que se ahogaba, como si a sus pulmones les faltase aire; pero la voz acusadora seguía implacable.

— Dí, ¿te acuerdas? Un día fuiste a su casa, a la casa en que tuvo que refugiarse por tu culpa con su niño y su dolor: te acercas-

te a ella con promesas que no pensabas cumplir, la sonrisa en los labios y el alma envenenada de odio, y le robaste el hijo, que fue tanto como robarla la razón de su existencia.

Aplastada por los gritos de la tremenda acusación, la Condesa sobrecogíase de espanto.

— ¡Dí, ¿te acuerdas?... Luisa llegó hasta ti, poco después, pidiéndote que le devolvieses el niño y tú se lo negaste, sin caridad para su pena, diciéndole que había muerto.

Y en las sombras de la noche, ceras del lecho de la nieta, a la que iba a despenir con un beso benéfico progenitor de bellos sueños, aterrásbase viendo delante de sí, gemidora e inexorable, a la madre despojada que venía a exigirle la devolución del hijo. Y la que fué ladrona de niños abrazábase desesperadamente a su nieta, buscando la defensa de sus pequeños brazos, y la niña despertaba temblorosa de miedo y dando gritos.

— ¿Qué te pasa, mamá?

Eduvigis y Arnaldo habían acudido atraídos por las voces de su hija, Ana Carani, estrujada por el terror, miraba al vacío, antes lleno de visiones rencorosas y vindicativas.

— ¿Qué me perdona? ¿Qué me perdona? — murmuraba.

— ¿Qué te han de perdonar? — preguntábala Arnaldo — Vámonos, acuéstate.

Y como si ella adivinase el comentario de sus hijos, decía:

— Sí, sé lo que me digo. Demasiado lo sé... ¡Pobre de mí!

Y marchaba con lento paso a ocultar sus remordimientos, a llorar a solas por su pasado criminal.

El hijo de Luisa había sido criado en la montaña, y cuando alcanzó buena edad fue puesto interno en un colegio de Saint-Cloud.

La Condesa vigilaba por su vida, procurando rodearlo de toda clase de comodidades, aunque siempre sin revelarle el secreto de su nacimiento. El director del internado tenía la obligación de escribirle todos los meses dándole noticias del pequeño.

Se llamaba Gualberto. Era tallado, de rostro agradable, expresión franca, ademanes rotundos, como si su pensamiento infantil ya supiese madurar las ideas, y bajo sus cabellos crespos, la frente amplia descubría una inteligencia poderosa, pronta en la concepción y apta para comprender en seguida.

Distinguíase entre todos los alumnos por su carácter abierto y simpático, su inmanente sentido de la justicia, que le llevaba a ponerse siempre al lado del débil y por su laboriosidad en el estudio, un afán tenaz por adquirir y penetrar todas las verdades.

Pero sobre él pesaba el estigma de su origen, y cuando sus compañeros hablaban de sus casas y de sus padres, el hijo sin madre callaba, porque ni tenía casa ni padres, ni sabía lo que éstos significaban, aunque sintiese que algo muy necesario le faltaba a su vida.

Muy niño aun, sin embargo, su afán de saber, su óptima vitalidad, rica en energías, y la compañía bulliciosa de los colegiales, distraíanle, alejando de su espíritu las brumas en que se encerraba el misterio de su nacimiento.

Una mano desconocida proveía a sus necesidades y le guiaba con atenta solicitud, y la curiosidad de Gualberto no estaba todavía aguzada para que le hiciese indagar a quién pertenecía esa mano.





Los cuidados de que Ana Carani rodeaba a Gualberto no eran bastantes a redimirle de su culpa. Subsistía el pecado, que engrosaba al rodar por la pendiente del dolor con las lágrimas que en su celda vertía Sor Dolores y con la falta de caricias que sufría el alumno de Saint-Cloud. Subsistía el horrendo pecado de la separación, que no podía lavarse con las aguas negras de los remordimientos, y subsistía sin que la Condesa se atreviera a iluminarlo con las luces de la revelación.

La hermana clarisa llevaba once años de monja profesa y todos los días de los once años fueron para ella de insólita amargura por el recuerdo abrumador de su frustrada maternidad.

— ¡Hermana, hermana! Hay que disipar esas sombras que impiden a las almas la ascensión por los caminos del Señor.

— No puedo, Madre Superiora. Es esto superior a mis fuerzas.

— Pues hay que hacer un poder, hermana.

— Yo se lo pido a Dios. Él sabe cuánto sufro. Cuando no me libra de la carga de mi dolor, es que debo purificarme con él.

La Madre Superiora contenía un gesto de protesta ante la insistencia que en defender su pena ponía la monja:

— No, hermanita, no es eso. Confundis el amor divino con el amor humano. Id a acogeros a la gracia del que todo lo puede.

Sor Dolores oía a la Superiora y callaba. Y cuando hacía sus oraciones, no pedía que se la libertase del recuerdo sino que se la favoreciese con él. Y el buen Dios sabía consolarla enviándole la visión gloriosa del hijo muerto.

Así iban transcurriendo los días.

## III

Allí, en las canteras, donde los «Hijos de Nació» comían el pan incompasivo y humedo de sudor del trabajo, Poldo dejábase vivir sin otro estímullo que el de visitar a Sor Dolores una vez al año. Aquel día era su día de fiesta. Levantábase temprano, vestía sus ropas mejores y con un entusiasmo que nacía en su optimismo de hombre cariñoso, que no olvidaba los antiguos afectos, tomaba el camino de Arras, el camino llano que le conduciría cerca de ella.

Delante del convento, antes de cruzar la portería y dirigirse al locutorio, deteníase unos instantes, taladrando con la mirada los espesos muros dentro de los que vivía, en voluntaria clausura, la mujer a la que supo amar sin esperanzas y a la que amaba aún.

Luego, en el locutorio, embarazado por la austeridad del lugar, esperaba con gozosa inquietud a la que, en los años lejanos de la infancia, fué su compañera.

Turbábale la emoción, oía los locos latidos de su impulso, que traducían su estado, e impaciente y temeroso poníase a pensar las palabras que había de decir y que nunca decía.

Llegaba de pronto Sor Dolores con un ligero rumor de rosarios y crucifijos tintineantes, como música de santera.

Poldo mirábala llegar y lágrimas pueriles

asomaban a sus ojos, mientras sus manos no sabían qué hacer con el sombrero.

— ¡Luisa!

La hermana tenía un gesto de desagrado apenas perceptible.

— ¡Sor Dolores! — rectificaba Poldo con velada voz.



— ¡Sor Dolores! — rectificaba Poldo con velada voz.

Nacía la conversación, tímida en él y sobria en ella. Hablaban de sus vidas concisamente, sin aludir al pasado y Poldo sentía como entre los dos habíase interpuesto un obstáculo infranqueable, un obstáculo que obligaba a decir a los labios palabras distintas a las que rebusaban del corazón.

Encontrábala más guapa que en los claros



días de su juventud, cuando comenzaban a saxonarse los frutos de su belleza. No, no era ella Luisa Vitalhi, la hija de Francisco, el guardián, sino otra mujer que se le parecía, pero sublimada por la elegancia de los hábitos y por la expresión del rostro pálido, más blanco que las tocas que lo enmarcaban. Su cuerpo, envuelto en los gráciles pliegues del ropaje monjil, silueteábase con una línea pródiga y hierática, que, aun en su severidad, exhalaba un perfume de paganía.

Las dos de pie en medio del leontorio, seguían hablando de pequeñas cosas extrañas a sus sentimientos, y era el silencio, cayendo después de una frase banal, el conductor de los secretos que ellos no se atrevían a descubrir: en él, ansia de renovar la expresión de su amor y en ella, afán de inquirir por los lugares en que tuvo escena el drama de su vida.

Sólo para los «Hijos de Nadie», los sin ventura que desconocían el placer de ser acunados en el regazo de una madreita, tenía ella palabras de recuerdo.

— ¿Siguen haciéndolos trabajar como antes?

— Sí.

— ¿Segue Anselmo martirizándolos como antes?

— Sí... lo mismo que antes.

— ¿Y tú?

— ¡Yo!...

Poldo no sabía qué contestar. ¿El? ¿El qué?... El tratábalos cariñosamente; pero ¿de qué manera, con qué frases admirables y únicas se lo diría?

— ¿Yo?... A mí siempre me quisieron los niños.

— ¡Pobrecillos!

Y en las pestañas de la monja perlábase una lágrima.

Para Poldo cada minuto que transcurría era un suplicio, y el temor de que finase la entrevista privábase del placer de disfrutarla plenamente.

Ahora el silencio iba de uno a otro, bordeando. Sobre él, como sobre un puente, pasaban las intenciones, los pensamientos reservados y los decires de sus ocultos sentimientos.

Siempre le sucedía igual. Un mutismo doloroso precipitábase sobre él, encerrándole en sus sordas cárceles. Quería hablar y no sabía. Todo ojos bañábase con su presencia, llenándose las pupilas con su imagen, como si quisiera llevársela fotografiada en la retina.

Pero había en sus labios un temblor insinuante, melificado por el deseo. Ella le advertía, y la seriedad de su rostro tornaba a entristecer a Poldo, que observaba entonces como entre ellos, separándolos, interponíase el Esposo. Aquel a quien ella hizo donación de toda su persona, entregándosele con la promesa de fidelidad de vivir, sólo para El, en la severidad de la clausura.

La campanita del leontorio suena pausadamente dejando oír su aviso. Poldo se estremeció y, sin dejar de mirar, no sabe si a Sor Dolores o a Luisa Vitalhi, sale a paso lento con una amarga tristeza en su alma que tantas alegrías concibiera como promesas de aquella hora.

Cerrábase con chirriar de herrajes la puerta del convento, y Poldo, dolorido, emprendía el regreso a las canteras.

Un nuevo año tendría que correr para que se le permitiese otra entrevista; y el guardián contaba los días del año, largos e inasabables.

Fuente de renovadas amarguras eran las visitas del buen amigo para Sor Dolores, porque, más vivos que nunca, renacían los

recuerdos, por los que insensiblemente se deslizaba hasta alcanzar la crucifixión de sus penas al perder el hijo, para cuya muerte siempre encontraba lágrimas que la llorasen.

Parecía que el destino habíala elegido como víctima, oveja blanca de sangre pura, que se ofrecía en holocausto de ignorados pecados, de claudicaciones desconocidas, de culpas ajenas...

Un nuevo dolor iba a caer sobre ella.

La comunidad oraba en el oratorio. La mística unión de las Esposas del Señor besaba las piedras del sagrado recinto con las preces del día. En la actitud de estatuas orantes, las monjas llenaban la capilla, semejante a un blanco palomar lleno de arrullos de palomas blancas.

De una lámpara de vidriado cristal difundíase una luz mortecina, que apenas si lograba brillar en la claridad del día entrando en aureas franjas por unos vitrales que ungió el arte de un artista seglar, representando el martirio de Santa Úrsula.

Sonaba el murmurio de los rezos con un leve bishiseo, acariciador como roce de sedas. Inmóviles, con un hermetismo de penitentes silenciosas, las monjitas glosaban los misterios de la cristiandad en sus comienzos, cuando las diaconisas oraban purificándose para conducir al bautismo un nuevo hermano.

La puerta del oratorio abrióse blandamente, dando paso a una monjita que se acercó a Sor Dolores.

— La Madre Superiora la llama a su presencia, hermana — le dijo.

Sor Dolores alzase del suelo, y con las manos juntas a la altura del pecho, musitando el final de una oración, abandonó aquel refugio, caminando por los claustros en reposo.

La Madre Superiora la llamaba para de-

cirle que estaba ordenado su traslado al hospital de niños en Carrara.

— Lo manda la Madre General — concluyó brusca, al notar como un principio de réplica en la hermana.

La cógoja de Sor Dolores rompió en sollozos. Sobre sus hombros arrojaban la más



— ¡Madre, por Dios! — gimió la humilde. — Yo le ruego...

pesada de las cruces, diciéndale que marchase a recorrer de nuevo las estaciones de su calvario.

— ¡Madre, por Dios! — gimió la humilde. Yo le ruego que no me impongan este sacrificio. La Madre sabe bien lo que significan para mí los lugares a los que se me destina.

Pero la Madre no la oyó. La regia inflexi-



ble no admitía que se contraviniesen por concepto alguno las órdenes emanadas de la Superioridad.

Y Sor Dolores tuvo que prepararse a sufrir la angustiosa pasión de un retorno a las canteras.

Dispuesta se halló para partir en la tarde de aquel mismo día. Orden que practicaba la pobreza era la suya, y con un modestísimo atado en las manos y sin otra moneda que la de su virtud, traspuso los umbrales del convento en que vivió aislada del mundo durante trece años.

Suspensa por la magnitud del sacrificio que se le imponía, Sor Dolores elevó los ojos al cielo pidiéndole fuerzas para resistir la prueba a que sometían su fatigado corazón.

La gloria de los campos extendíase ante los ojos de la monja. Nubes deshiladas resbalaban por el espejo azul en que se miran las estrellas. De distancias próximas venía el eco de voces que cantaban la alegría de vivir. Las esquilas de los ganados salpicaban el silencio de vibrantes notas.

Y en la soledad del paisaje, la dulce Esposa sintió cómo volvían a abrirse las heridas de su antigua vida.

Otra vez sus pies hollaban las rutas por las que ya había pasado con el corazón encendido, como una lámpara maravillosa, en busca de su hijo.

## IV

Años y penas, y tardías blanduras de corazón, que ya no podían reparar el mal causado, tenían agolada a la Condesa. Las tribulaciones de los remordimientos luceraban sus últimos días, consumiéndola, haciéndola arder en la pira de sus terribles culpas, y una incesante congoja fluía de sus labios.

Ella comenzaba a oír los pasos de la Muerte, que se le acercaba para llevársela a sus impenetrables mansiones, y, temiendo morir súbitamente, dispuso su última voluntad constituyendo a Gualberto en heredero de su fortuna.

De este modo pretendía desprenderse del peso del crimen que gravitaba sobre ella, llenando de horror sus noches, durante las que el tumulto de los gritos de la conciencia daba vida fantástica a víctimas plañideras y acusadoras.

Pero faltábale aún el depositario que supiera ejecutar sus postreras disposiciones y escribió a D. Damaso, el sacerdote de las canteras, llamándole con los apremios del que se encuentra en trance de muerte.

El buen clérigo llegó a Florencia un día después de recibir la carta de Ana Carani, cuando ya ésta, postrada por sus dolencias, no podía levantarse del lecho, en el que se

hallaba como si sólo esperase a D. Dámaso para constituirlo en testamentario, y luego morir.

Eduvigis había advertido algo extraño en la conducta de la anciana; algo que, recordándole los sucesos del día de su matrimonio, despertó su suspicacia, y sin reparar en el acto sacrilego que cometía, acuciada por el deseo de conocer el misterio que tan cuidadosamente celaba su madre política, ocultóse detrás de un tapiz en la misma alcoba de la agonizante.

La presencia del sacerdote pareció reanimar a la maribunda. La alegría de morir en la gracia de los penitentes, purificada por el perdón, coloreó su rostro demacrado y zurdido por las arrugas de la senectud.

Vuestra carta me asustó, mi señora Condesa — entró diciendo D. Dámaso, — pero ahora veo que estáis bastante bien... bien en lo que cabe a nuestros años.

Ana Carani forzó una sonrisa triste.

— Os he llamado — dijo — para que me oigáis en el tribunal de la penitencia y perdonéis mis pecados, si es que llega a tanta la bondad eterna.

Los sollozos estrangularon su voz. Al borde del sepulcro, ella, al fin, decidíase a revelar su secreto.

Si, D. Dámaso — añadió, — he pecado por orgullo, y por orgullo he cometido la más infame de las acciones: robar un hijo a su madre.

El buen sacerdote miró con espanto a la Condesa y el tapiz movióse ondulando en pliegues, sacudido por un irreprimible movimiento de Eduvigis.

— ¿Os acordáis de Luisa Vitalbi?

La confesión encontró su cauce y desarrolló su rinta siniestra, en que los prea-

dos sucedíanse como los puntos negros del cordón de un hormiguero.

— Yo fui quien le arrebaté el hijo y le dije que había muerto no siendo verdad, engañándola con un acta falsa de defunción. ¡Yo, padre, fui capaz de eso!

Allegábase al hablar. Fuera del embozo de las ropas, sus brazos desarmados retorciáanse ayudando al pensamiento y a la memoria, para que, en sus ocultas celdillas, no se quedase nada de lo que tenía que decir; toda la gama de las trágicas vicisitudes que, por su culpa, había sufrido la amante de Arnaldo.

En la estancia sombría, en la que comenzaba a percibirse un vago olor de muerto, el murmullo de las palabras ponía una cadencia de armonías tumultuosas, de *Dies Ira* emplazadores...

El alma turbia de Ana Carani hacía esfuerzos por clarificarse, purgándose de la protervia de sus atentados a la tranquilidad de una joven que no le había hecho daño y a la que, por una vanidad absurda, persiguió arrojándola a las cárceles de una existencia lacerada por el más terrible de los suplicios.

No tuvo compasión de su juventud ni de su dolor. Con cruel tenacidad la persiguió hasta aniquilarla, sin que ella misma, inadvertida en su inocencia, pudiera defenderse.

El silencio de la alcoba ennegrecíase con la relación de la agonizante.

— Cuando supe que había tenido un hijo, sólo tuve un pensamiento: arrebatárselo, temerosa de que fuera un obstáculo para el matrimonio proyectado entre Arnaldo y la descendiente de los príncipes de Tassati.

Ana Carani se detuvo con el corazón rendido, que ya se cansaba de latir.

— Sigue, hija, sigue.

Ocultá detrás del tapiz, Eduvigis contenía



la respiración, asfixiándose en su propio espanto, conturbada por la villanía de su conducta y más que nunca curiosa de conocer el final de aquella letanía de horrores. Su impaciencia acrecía cada vez que el sacerdote, en el ejercicio de su ministerio, ayudaba a la anciana a expresar su pensamiento o deteníase a hacer consideraciones piadosas para calmar a la que agonizaba.

— El niño se llama Gualberto y está interno en un colegio de Saint-Cloud. Puede reconocerse fácilmente por una mancha roja que tiene en el hombro izquierdo.

Un golpe de las cortó la confesión. Acercábase el último instante de Ana Carani. Buidos temores lastimaron al confesor. Falta algo aun. Ella no lo había dicho todo.

— Sigue, hija. Un esfuerzo todavía — le rogo.

Y con palabra torpe, habiéndole, la Condesa prausguó:

— Le he constituido en heredero de mi fortuna.

Eduvigis no pudo contener el sobresalto de una exclamación, levisimo grito que fue absorbido por el tapiz.

— En mi caja de caudales guardo mi última voluntad. Cuide usted de cumplirla.

La madre de Blanca hubiera querido oponerse diciendo que no, irritada por el despojo que se le hacía, rebelde de pronto y dispuesta a ser ella criminal también para defender los intereses de su hija.

— Ahora, padre — dijo como en un suspiro Ana Carani — ya puedo morir tranquila, si es que usted no me niega la absolución.

Las manos del sacerdote alzaronse llenas de caridad y trazaron sobre el lecho la señal de la cruz y el soplo divino brotó de sus labios arrastrando las sombras que la mo-

ribunda había acumulado sobre su alma.

Ella ya no luchaba por retener una vida que la abandonaba. Sus ojos cerráronse lentamente. Olíase su respiración entrecortada por gemidos de agonía.

D. Dámaso dejó la alcoba, dirigiéndose al oratorio del palacio a pedir a Dios clemencia para aquella alma limpia por el perdón.

..

La estancia anegábase en la obscuridad y en el silencio, trono propicio en que la Muerte se sienta para dictar sus órdenes conminatorias.

Sigilosamente, Eduvigis salió de su escondite, deslizándose, a pasos táctos, hasta la caja de caudales. Miró hacia el lecho en que la anciana se moría e hizo girar una llave.

El silencio sollozó.

La puerta de la caja abrióse con pausas. Ella sintió como la sangre batía furiosamente sus sienes. Esperó un instante y sus manos reptaron en el depósito que guardaba el secreto de una última voluntad.

De pronto la moribunda revolvióse, abrió los ojos y clavólos en su hija. Comprendió en seguida, y en sus pupilas coagulóse el miedo y la cólera.

— ¡Ladronal

Eduvigis enfrentóse con Ana Carani.

— ¡Devuélvame mi testamento! ¡Ladronal

Rígida y espantosa, la agonizante tendía sus brazos, espumajando de furor.

— ¡Es de mi hija! — replicó Eduvigis.

Ana Carani alzóse en el lecho, trágica y espectral.

¡Ladrona!

Quiso lanzarse contra la que le arrebatara su última esperanza de redención. Arrastró su cuerpo, tanteó en el vacío y cayó muerta.



Arrastró su cuerpo, tanteó en el vacío y cayó muerta...

sacriñada por una angustia que le estrujó el corazón, exprimiéndole la poca vida que le quedaba, castigo que los designios inescrutables de la voluntad desconocida imponían a la que había sido ladrona de hijos.

Cumplido era el atentado contra el porvenir del alumno de Saint-Cloud.

¿Qué podía esperar él, pobre inclusero, de la insensibilidad y dureza de los hombres?

Gualberto, hoja desprendida del árbol materno, a merced de los vientos de un destino adverso, seguía ignorando el nombre y condición de su protector.

Por su talento claro y la nobleza de su carácter imponíase en el colegio. Sabía resolver las dudas de sus compañeros, ayudándoles y facilitándoles el trabajo, y su brazo siempre estaba pronto a evitar los atropellos, librando a los pequeños de las violencias de los mayores, los cuales, aprendices de hombres al fin, ya ensayaban sus aptitudes para el dominio.

— ¿Quién eres tú y quién te llama aquí? — decíale a veces los mismos a quienes defendía, rechazando su intervención como ofensiva.

Una tarde, durante la hora de recreo, mientras los demás colegiales jugaban, Gualberto, estimulado por su incesante afán de bucear en los arcanos de lo desconocido, estudiaba, ajeno al bullicio de aquellas vidas, que, como la suya, comenzaban a alborotar.

Unos gritos alborotaron la alegría del juego.

Gualberto alzó la cabeza del libro.

A pocos pasos de donde él se encontraba, un mozalbete zarandeaba a un niño con brutalidad.

Gualberto pestañeó con iracundia y, bravo y decidido, acercóse al grupo, librando al pequeño de la agresión.



Entonces fué cuando le abofetearon con la frase hiriente:

— ¿Desde cuándo un inclusero se atreve a intervenir en nuestras contiendas?

El niño a quien acababa de defender, encarábasele, cruzando su rostro con un insulto escandecido por el tono y la intención.

El inocente cerró los puños y mordió su pena.

Poco después acercáronse los inspectores, oyeron las caprichosas acusaciones que unos cuantos lanzaron contra Gualberto, y éste hubo de sufrir castigo en vez del premio que merecía su simpático gesto.

Y fué recluso en una celda.

¿Qué delito era el suyo? ¿Por qué le injuriaban llamándole inclusero?

El no sabía...

*La noche se ha precipitado sobre la ciudad. De una casa, perseguida por un sollozo, sale una mujer. En sus brazos lleva un envoltorio del que sale un vagido.*

*La mujer camina de prisa, revolviéndose, buscando las sombras. Marcha atravesando calles de enervada, solitarias y silenciosas.*

*De cuando en cuando se detiene y alisa a lo lejos.*

*Ahora las gentes se detienen al verla.*

*Alguna madre dice:*

*— ¡Qué desgracia!*

*Un sombrío edificio oprime la calle. Hacia él se dirige la mujer. Tiene miedo, sin embargo. Siente que los ojos de todas las madres van tras ella, y oye un clamor de voces que dicen:*

*— ¡Qué desgracia!*

*La mujer llama, haciendo sonar la trágica campanita de la Inclusa. Gira el torno fatídico,*

*el decurador de niños. Rugorea la voz de una monja.*

*En la cuncha del torno cae el recién nacido.*

*Se oye su llanto.*

*Pasa una madre y exclama con lágrimas en los ojos:*

*— ¡Pobre hijo! ¡Qué desgracia!*

*Y la mujer huye, empujada por estos gritos sollozantes de todas las madres, como un suspiro de agonía que se propagase en la noche y fuese alejando a llorar y a dar su aviso a todas las que en aquellas horas están cerca de una cuna.*

*— ¡Qué desgracia!*

Gualberto no sabía que esta aventura en el martirologio de los incluseros, que él no sufrió, estigmatizaba a las inocentes víctimas del desamor de sus padres.

El alumno de Saint-Cloud estaba solo, solo con sus pensamientos y con la noche. Una fatiga espiritual aplastante vestía sus ademanes. No tenía sueño y volaba, un poco absorto en pensamientos que le llenaban de confusión.

La celda en que se le reclusiera, pequeña y baja de techo, no tenía otra luz que la que entraba a través de una ventana por la que él veía la azul claridad de la noche.

Hasta él llegó, traído en alas del silencio, el eco de apagadas voces. Intrigado, púsose encima del taburete que le servía de asiento, usomóse al ventanuco y descubrió a poca distancia una cervicería, donde sonaba, espeso e incongruente, el tumulto de una reunión.

Impulsado por la curiosidad, el niño huyó de su encierro, a poca altura de la calle. La noche larga estaba por delante y el inspector

no abriría la celda hasta el día siguiente.

No bien se encontró en el arroyo, el adolescente tuvo la sensación de una libertad vitalizadora, como no la había disfrutado hasta entonces. Parecíale como si el recinto cerrado del colegio hubiera tenido achicado su cuerpo, que ahora crecía desembarazadamente, con movimientos llenos de agilidad y saturados de fuerza.

Acercóse a la cervecería con timidez. En una sala amplia, iluminada por lámparas de petróleo, el colegial vió una multitud de obreros atentos a las palabras que les dirigía un anciano de aspecto venerable. Era su rostro de facciones correctas y de severa expresión, ornado por buena barba, y su cabeza, que cubría un chambergo, protegíase con una melena merovingia, la trova lírica de los recitadores medievos.

Hablaba el maestro con voz vibrante y cáhida, y su verbo irradiaba la luz de unas verdades que cantaban la gloria del esfuerzo creador y la utopía de la fraternidad humana, sin odios de clases, unidos todos por la misma ansia de colaborar en la obra común del perfeccionamiento individual y del progreso colectivo.

Gualberto, indeciso en los primeros momentos, decidióse a entrar, animado por la cordialidad de aquel medio en que trabajadores humildes soñaban, oyendo a un tribuno que era mensajero de paz, con una edad de oro en que el hombre no fuese lobo para el hombre y sí hermano y camarada.

Y desde aquella noche el alumno de Saint-Cloud, que acababa de oír palabras que nadie le había dicho, despertando en su espíritu nuevas inquietudes, acudió diariamente a las reuniones que se celebraban en la cervecería.

El divulgador de las bellas doctrinas se

hizo pronto su amigo y, al cancelar su apostolado nocturno, interesado por la inteligencia del rapaz, que prometía magníficos frutos, acompañábalo hasta el pie de la ventana, por la que Gualberto encaramábase todos los amaneceres reintegrándose a su lecho de colegial.





## TERCERA PARTE

---

### Huracán

#### I

Mientras vivió su madre, Arnaldo no se detuvo a considerar los afanes de la lucha que por sostener y acrecentar su fortuna había sostenido Ana Carani. Pero al morirse ésta, el régimen de su vida tenía forzosamente que cambiar.

Anselmo encargóse de venir a recordárselo.

— Señor Conde, los obreros se muestran cada día más rebeldes. Desconocen mi autoridad y hacen lo que les da la gana. Sería necesario que usted me confirmase los poderes que la señora Condesa me otorgó.

— No me moleste, Anselmo. Déjeme. Proceda usted como hasta hoy y diga en las canteras que, a los primeros síntomas de huelga, suspendo definitivamente los trabajos.

La llegada del capataz irritó las inquietudes de Edvigis, que no olvidaba que Gualberto vivía.

Esperando estuvo a que Anselmo saliera del despacho de su marido, y en cuanto pudo hablarle a solas le hizo creer que ella era la depositaria del secreto de la Condesa.

— Cuento con usted — le dijo — El niño se encuentra en Saint-Cloud. Vaya usted a buscarlo y aléjelo de nosotros... Ahí tiene dinero bastante. Si me sirve bien, yo sabré sostenerle cerca de Arnalda.

¡Días después, un colchonero de un pueblecito cercano de Arras presentábase en el Colegio con orden de llevarse a Gualberto.

La noche última, el muchacho había acudido a la reunión de la cervicería, y en un momento de juvenil inspiración, arrebatado por el entusiasmo que produjeran en su alma las enseñanzas del maestro, dirigió la palabra a los obreros. La fuerza impetuosa de sus concepciones le hizo viril y rotundo. Gritos admirables arrancó de su pecho. Como música de clarines sonaba su voz de adolescente invitando a la lucha y prometiendo el triunfo.

Y aquellos hombres curtidos por los años y el trabajo, alzaron sobre sus cabezas al pálido jovenito que sabía expresar los pensamientos en ellos latentes, con tal vigor, que allí mismo le bautizaron con el sobrenombre de «Huracán», porque, como el huracán, el ímpetu de su palabra barría de las inteligencias las dudas y las mentiras convencionales.

Esta fué para él la fiesta del despertar de su talento. Pronto llegaría el momento en que también su voluntad tendría que contribuir con dones opulentos a sostenerlo en la vida.

Nuevos caminos se abrían a sus pasos. Una era distinta, de lucha y amargura, comenzaba para él.

Porque así lo quería el destino, Gualberto encontrábase, sin saber cómo ni por qué,

sometido a un hombre al que no conocía, delegado de Anselmo. Este hombre, de oficio colchonero, vivía en un labuco sordido, en el que albergó a Gualberto, enseñándole su trabajo.

Pronto se cansó el muchacho de una vida



... Allí mismo le bautizaron con el sobrenombre de «Huracán».

de horizontes tan limitados, y una noche, mientras dormía su guardián, huyó, dirigiéndose a las canteras, donde sabía que daban trabajo a los «Hijos de Nadie».

Sucedía esto el mismo día y hora en que Sor Dolores emprendía su triste peregrinación hacia Carrara, como si el destino hubiese ordenado que los caminos de la madre y del hijo confluyesen en un punto que fuese el



bito donde sus penas tendrían un segundo glorioso, instante de videncia en que se besarían sus ojos y las almas sentiríanse próximas, con la proximidad de un abrazo.

Por los campos calcinados bajo el sol del mes ardiente, marchaban la madre y el hijo siguiendo su éxodo de elegidos del dolor. La luz del día arrancaba reflejos agudos y afilados a las piedras y a las arenas, lastimando las pupilas. Sombras calientes ponían su estación de reposo en la penosa ruta. El aire en calma era denso. Y el silencio diferase sofocado por la temperatura, como un peso más en la atmósfera abrumadora de la tarde.

Se encontraron en el cruce de dos carreteras reales. Gualberto refugiárase bajo un árbol, descansando de la fatiga del viaje. El vió venir a Sor Dolores, cansina y triste, ahogada por la roja caricia del sol. La monja tenía sed, y buscaba un manantial donde apagarla humedeciendo los labios resecos y la garganta abrasada.

— ¿Qué busca, hermana?

Al verse, los dos sonrieron, sin saber por qué.

— Si tienes sed, yo la guiaré a una fuente que hay cerca de aquí.

Ella no hablaba, atenta a mirar al niño que se interponía en su senda para decirle dulcemente palabras dulces.

— Si, tengo sed — dijo.

Y en la copa de las manos de Gualberto ella celebró el sacrificio de su encuentro, calmando su sed.

— ¿Qué camino llevas? — preguntóle la religiosa.

— El de las canteras, donde trabajan los «Hijos de Nadie», como yo.

Un subitáneo cariño hacia el muchacho fundió con semillas de piedad a la clarisa.

— ¿Pero, no sabes que los que allí trabajan mueren pronto?

Hacia la pregunta con sincero y vivo temor.

— ¿Qué más da! Si los incluseros pueden estar allí, yo también podré.

— Por qué en la tarde llena de sol no des-



Y en la copa de las manos de Gualberto...

cendía una anunciación que los arrajase al uno en brazos del otro?

Allí estaban los dos palpitantes de ternura, sencillos y puros, sonrientes. Sus corazones hablaban sin que ellos comprendiesen su lenguaje.

— ¿Cómo te llamas?

— Por Gualberto respondí hasta hace poco;

pero quien podía me bautizó llamándome Huracán, y por Huracán contesto.

Si ella, rompiendo con las trabas de la austeridad de su orden, se atreviese a besarlo! Sentía surgir los besos a flor de labio y tenía que hacerse fuerza para no ponerlos sobre la frente del muchacho.



Se acercaba la hora de la separación...

— Oyéme, Huracán. Sigue mi consejo; no vayas a las canteras. Es, aquél, lugar en el que se sufre.

— ¿Y usted? — Inquirió él. — ¿Por qué no sigue usted ese consejo que me da?

Pasó una oleada de aire carenándolos con su fresco aliento. Ellos sonreían aún, mirándose siempre. Se acercaba la hora de la sepa-

ración, y sin deseos de hacerlo, dijeronse adiós.

Partió él con seguro paso, seguido por la mirada de ella y desapareció en la lejanía.

Y Sor Dolores, humillándose al polvo, rogó por el alma que se iba a sepultar en el «Infierno blanco».



Concluida el trabajo del día, cuando Huracán llegó a las canteras. A hombros los picos, los irredentes cruzaron buscando el camino de sus hogares. Ya tramontaba el sol y las primeras sombras, nubladas y violeta, presagiaban la noche. Voces de cansancio saludaban el reposo y los obreros tomaban rumbo hacia las casitas silenciosas en que sus vidas, por un instante, gustaban el regazo del descanso. Una gran tristeza parecía caer sobre aquellas tierras que endurecieron sus entrañas para torturar a los hombres, obligándoles al esfuerzo penoso de abrírlas.

Huracán se detuvo. Las palabras de Sor Dolores, recordatorio de los suplicios que sufrían los «Hijos de Nadie», sonaron otra vez en sus oídos.

Pero dueño de sí mismo, empujó el portallén de hierro y vió correr unos muchachos como él, las pobres víctimas del capataz, los incluseros que se mutilaban entregados a una bárbara labor.

Sus pies caminaron por el recinto de las canteras. Un hombre salióle al paso.

— ¡Eh, tú! ¿A dónde vas?

— Vengo a trabajar.

Anselmo mirábale con la burla en los labios y el látigo restallante en las manos.

— ¿Cómo te llamas?

— Huracán.



« Huracán » (Gualberto)

Contestaba con resolución, dispuesta a enterrarse en el «Infierno blancos», animado de pronto por una simpatía extraordinaria hacia sus compañeros, los pequeños que acababa de adivinar sometidos a la tutela del hombre odioso que le interrogaba.

— ¿De dónde vienes?

— De casa de un colchonero que fué a buscarme a Saint-Cloud, de cuyo colegio era alumno, para llevarme a su casa.

Aquel muchacho era el hijo del Conde, y Anselmo, sin dudarlo un momento, admitióle al trabajo.

Mezclado con los incluseros, Huracán durmió aquella noche en la cuadra destinada a dormitorio. No le preocupó la miseria del lugar, el hediondo refugio que daban a su cuerpo para que descansase. Hallábase entre sus hermanos; veía sus ojos fijos en él queriendo preguntarle por los países de donde venía, queriendo saber su nombre y los sucesos más importantes de su corta vida; oía las palabras que ellos se callaban, como si el pensamiento las estuviera rumiando y Huracán estaba contento. Porque ellos eran los que, como le anunció el maestro, esperaban sus enseñanzas para convertirse en amigos y discípulos suyos, de él, un niño también que iba a sembrar en sus almas el germen del ansia de libertad, fuente de la dignidad humana.

El silencio envolvió a los pequeños parias. El sosiego de sus respiraciones producía un rumor casto.

¿Qué sueños volaban, entonces, por la imaginación infantil de los «Hijos de Nadie»?

De cuando en cuando, una tos bronca hería el silencio y un niño retorciase con el pecho roto por los lanzazos de la tisis. Muy pronto llevaríanse al hospital, y la víctima inocente

iría a dormir en el campo de flores del cementerio de Carrara.

En la puerta de la cuadra prodújose un rasguño azul, que fué aumentando hasta dar paso a Anselmo.

El capataz quería persuadirse de que Huracán era el Gualberto de Saint-Cloud.

La linterna de Anselmo enduló sobre los incluseros, poniendo rojizos resplandores en las carnes depauperadas.

Huracán dormía entre las expósitos de pocos años.

Acercóse a él y descubrió la mancha roja en su hombro izquierdo, estrella rosa, araso la huella de un beso de su madre, que había florecido allí, cerca del corazón, para que ella algún día pudiese reconocerla.

♦ ♦ ♦

Muchas noches, Huracán dejaba la cuadra donde dormían sus compañeros y paseaba por las canteras, buscando en la soledad un santuario para la meditación. Poco tiempo llevaba trabajando en el «Infierno blancos», pero en ese poco tiempo había visto lo bastante para que su sensibilidad casi enferma hubiérase traído al choque de la realidad de aquellas existencias sometidas a un esfuerzo rudo y agotador. Su sentido de la justicia trascendiendo a las penalidades de su vida de ahora, estimulaba su pensamiento, haciéndole comparar y juzgar, y lanzábale a conclusiones rebeldes contra las expoliadores de las energías de los obreros y de la vitalidad de los «Hijos de Nadie».



¿Por qué razón desconocida el sufrimiento imperaba entre los hombres?

¿Qué moral podía justificar el despojo que se hacía a los trabajadores, obligándoles a un trabajo sin compensación?

Y aquellos niños, que no habían cometido pecado alguno, ni aun el de nacer, ¿qué hacían allí ofreciendo sus brazos, que debían acollar las gargantas de sus madres, a las heridas de las piedras y del hierro?

Valióse.

Alguien se le aproximaba.

Una voz áspera le interrogó:

— ¿Qué haces tú aquí? ¿No sabes que está prohibido andar por estos sitios después de que cesan los trabajos?

Poldo, el guardián, estaba delante de él, haciendo esfuerzos por que sus amenazas aterrorizasen al niño.

Huracán no se asustó, sin embargo.

— He salido a respirar un poco.

— Pues está prohibido respirar de noche en las canteras.

El tono de la voz contradecía el sentido de las palabras. El ex alumno de Saint-Cloud comprendió que se hallaba al lado de una buena persona y quiso hacerse su amigo.

— Buena, hombre, no hay que incomodarse por tan poco. Ya me voy.

Pero no se fue; el hombre y el niño reanudaron el diálogo en un plano de más cordialidad y Poldo fue vencido por el efusivo y claro decir de Huracán.



Así las cosas, Huracán comenzó su apostolado. Burlones y rebeldes al principio, los

obreros concluyeron por entregarse a la sugestión poderosa de aquel muchacho que sabía exponerles claramente ideas claras. Y el odio contra Anselmo, mejor dirigido ahora, encontró en el pequeño un peligroso fomentador, el cual supo crear entre los subordinados del capataz un estado latente de protesta, que se



... Huracán comenzó su apostolado...

encauzaba hacia el Conde para pedirle que lo despidiera.

Y fué un día en que Huracán se puso entre Anselmo y un inclusero, a quien aquél pretendía castigar y fué otro día en que a oídos del capataz llegó la noticia de la propaganda que contra el enemigo común, el mismo, hacía el ex alumno de Saint-Cloud.

Anselmo concluyó por encolerizarse.

— Si no tuviese las manos atadas, lo mataría. Pero yo sólo sé lo que sé... dijo delante de Don Dámaso.

El buen sacerdote inquirió:

— ¿Qué sabes tú de Huracán?

Advirtiéndole que había hablado con exceso, el capataz repuso:



Y fue un día en que Huracán se puso entre Anselmo y un inclusero...

— Nada, yo no sé nada.

Pero encendida ya la duda, Don Dámaso se puso en busca de Huracán. Lo encontró a la entrada de una mina y lo detuvo.

— Quiero preguntarte una cosa, porque me parece que te he visto en otra ocasión.

— Usted dirá, padre.

— ¿Te llamas Gualberto? ¿Has sido alumno del colegio de Saint-Clond?

Huracán quedó un poco asombrado por aquel chaparrón de preguntas.

— Si, me llamo Gualberto y he sido alumno de Saint-Clond.

— ¿No mientes?

— ¿Qué interés podría tener?

Don Dámaso ya no dudó.

Bien, joven; procura no sobresaltar a los obreros con propagandas subversivas. Paz, paz es lo que hay que predicar.

El sacerdote guardó silencio; sus manos, ungidas por la celebración de los misterios, pusáronse, blandas y acariciadoras, sobre la cabeza del muchacho.

— ¡Hijo mío!... dijo.

Y se culló, emocionado, ante la víctima de las maldades de la Condesa, de la vileza de Anselmo y del despojo de Eduvigia.

Y pensó en la madre, en la mujer desposeída de toda alegría terrena, en la humilde y dulce Sor Dolores, que, a aquellas horas, hallábase a la cabecera de un niño enfermo, recordando a su hijo, incesantemente evocado por los «Hijos de Nadie», cuyos dolores calmaba ella con el bálsamo de unas caricias maternales.

La hermana Clarisa llevaba a cabo su consoladora misión de caridad en el hospital de niños de Carrara.

Sus pasos deslizábanse blandamente cerca de los enfermitos y la luz de sus ojos sabía prender la sonrisa en las bocas exangües y descoloridas.

Tenían sus manos la gracia balsámica de un salutarífico y sus palabras el don del arrullo, que cierra los ojos cargados de fiebre.

Ella era el buda de los largos dormitorios de camitas blancas, en los que los buitres del



dolor revolaban arrancando gemidos a las pequeñas víctimas.

Su presencia espantaba las aves agoreras y tendía un velo de misericordioso alivio sobre los «Hijos de Nadie».

Don Dámaso solía visitarla con frecuencia, regocijándose al observar la serena calma que, al fin, había en aquel rostro tan macerado por las lágrimas.

—Hola, hermanita, ¿cómo van esos enfermos?

—El número quince se nos muere —respondía Sor Dolores tristemente. — El pobre-cillo se abrasa, sin que haya recursos para apagar el fuego de su sangre.

¿Quién ocupa el número quince? El rubio aquél... Elias.

—Sí, Elias. Su piel trasluce frotada por la temperatura y su carita está roja como una brasa.

¡Vaya todo por Dios!

Horas antes, el sacerdote había hablado con Huracán y traía cerca de la monja su inquietud por aquel encuentro.

—¿Qué ambiente más apacible el de esta santa casa! Si no hubiera enfermos, creería hallarse uno en la antesala de las divinas mansiones. En cambio, en las canteras ¡qué desorden!

Don Dámaso acompañaba su lenguaje de amplios ademanes, expresivos movimientos de cabeza y gesticulaciones, que decían ya la correspondencia que había entre las palabras y el pensamiento, ya la desavonencia con que las ideas contradecían el sentir del corazón.

—Dígame, padre, ¿conoce usted a Huracán? —preguntó Sor Dolores de pronto.

El sacerdote se sobresaltó.

—¿De qué lo conoce usted, hermanita?

—Nos encontramos cerca de Carrara el día en que llegué al hospital y aplacó mi sed de caminante bajo el sol. El dirigíase a las canteras en busca de trabajo.

Dijo esto con extraña vivacidad, sin poder refrenar la simpatía que vibraba en sus palabras al recuerdo del muchacho.

Huracán está bien; es el amigo de los obreros y el camarada de los «Hijos de Nadie». Todos le quieren y él quiere a todos. Claro que Anselmo no cuenta.

La trágica emoción del instante agolpó la revelación en los labios de Don Dámaso, que hubiera querido gritar:

—¡Huracán es tu hijo! ¡Corre a su lado! Hace tiempo que te espera.

Pero fué cobarde y calló.

También el caso en el crimen, sin darse cuenta.

El sacerdote y la monja, los dos siervos del Señor, despidiéronse. Nació la noche sobresaltada del hospital, noche que surcarían los gritos de angustia de los enfermos, noche de fiebre en que los débiles cuerpos se abrasan y consumen...



Noche en que los «Hijos de Nadie», antes de entregarse al descanso, oían las enseñanzas del diminuto y admirable maestro que iba abriendo en sus almas sendas luminosas.

Reunidos alrededor del pequeño apóstol, los incluseros oíanle con esa infantil curiosidad atenta que vierte el estupor en los rostros.

Un niño, irguiéndose entre sus compañeros, le interrumpió:



El sacerdote y la monja, los dos siervos del Señor,  
despidiéronse.

—Tú, que nos has enseñado a leer los libros de los hombres y en el libro de la vida, dínos: ¿sabes lo que es una madre? ¿La has tenido tú, acaso?

La voz de Huracán tuvo trémolos de angustia al contestar:



«... los duerme con bellas canciones y los despierta por la mañana con un beso. Yo he oído decir que una madre...»

—No, yo no he tenido una madre, pero algo he oído decir de ellas.

—Cuéntanos, cuéntanos entonces — pidieron todos.

Se arrastraron hasta él como sedientos de la maravillosa verdad desconocida. Empujábanse unos a otros queriendo tocar al niño que sabía algo de las madres, y alzaban las



frentes como para que sobre ellas cayesen las palabras, bendiciéndolas con su sentido.

— Una madre...

El pensamiento de Huracán mostrábase rebelde a fecundar las ideas que él quería ofrecer a los expósitos reunidos en torno suya, deportados de las regiones en que las mujeres duermen a sus hijos meciéndolos.

— Yo he oído decir que una madre — añadió Huracán — es una señora todo bondad y cariño, que, a los niños como nosotros, los acaricia mucho, los acuna en su regazo, los duerme con bellas canciones y los despierta por la mañana con un beso. Yo he oído decir que una madre...

El llanto asomó a los ojos. Ellos, ninguno de ellos había tenido cerca de sí a la mujer que prodiga caricias, canciones y besos...

Y con un sollozo arañándose la garganta, los «Hijos de Nadie» durmieron aquella noche con la palabra «Madre» en los labios y soñando con un beso que los despertara al amanecer.

## III

La situación en las canteras había empeorado. Los obreros no estaban dispuestos a seguir sometidos al yugo de Anselmo. No transigían con su presencia ni con su autoridad.

A cada momento surgían conflictos, en que la cólera hacía flamear un segundo la antorcha de las violencias.

Huracán, convertido en varón de los obreros, sostenía y avivaba el fuego de la rebeldía, indignado por la conducta del capataz, verdugo de todos y sacrificador insensible de víctimas inocentes, de los niños abandonados de los hombres que la necesidad ponía bajo su férula.

El malestar en las canteras adquiría su manifestación culminante y los odios ya estaban prontos a estallar, engendrando la voluntad colectiva de las grandes justicias, cuando el Conde Carani, requerido por cartas de su delegado, se presentó en Carrara.

La llegada del patrón llevó a los ánimos la esperanza. Los obreros no querían sino que su trabajo estuviera a salvo de odiosas imposiciones y sólo aspiraban a que se les librase de Anselmo, alejándole de las canteras. Así pues, no bien corrió la noticia de que el Conde se dirigía a las obras, los obreros reunieron dirigidos por Huracán, el único pensamiento orientado y orientador que, en

aquellas circunstancias, podía dar forma a sus deseos.

En efecto, Arnaldo llegó. En su rostro adivinábase la molestia que le producía mezclarse con los que defendían su fortuna, y habló como a desgana:

— He venido a oír vuestras quejas. Hablad. Acompañábalo Anselmo, seguro de su fuerza.

Huracán se adelantó a sus compañeros:

— Una sola cosa queremos pedirle: que des pida usted al capataz.

La arrogancia del muchacho, su voz alta e imperiosa y lo decidido de su gesto, irritaron al Conde.

— ¿Y tú quién eres? ¿Qué atrevimiento es el tuyo para interponerte entre los hombres?

El despecho de la humillación aplustó al hombre niño, que aun tuvo energías para repicar:

— Como hombre he trabajado en las canteras y como a tal debíais de oírme.

¿Sintieron los obreros un poco de rubor porque su representación la ostentase un chigallito?

Elle es que guardaron silencio cuando Arnaldo dijo:

— Reanudad el trabajo. Mañana os traeré mi resolución...

Calló un instante, miró a Huracán y añadió:

— Pero sólo a vosotros. Las precariedades de los muñecos no me divierten.

♦♦♦

He aquí un niño que vierte de su corazón lágrimas de hombre. Lo han escarnecido, y

aquellos por quienes él habló no han sabido alzarlo en alto proclamándole su representante, el talento joven que supo desgarrar las tierras vírgenes de sus inteligencias para una siembra de ideas...

Un pájaro, un pájaro chiquitín y de alas cortas, pedazo de vida envuelto en plumas, vuela torpemente cerca de Huracán. Aún no sabe desplegar el milagro de sus alas. ¿Qué ha sido de sus padres? ¿Cómo lo han abandonado, tan débil, en medio de los peligros?

Huracán lo coge cuidadosamente. Es un hermanito, huérfano, como él de todo apoyo, y las manos del muchacho, llenas de calor, le ofrecen abrigado nido.

Huracán alza la cabeza y ve delante de sí una niña. La conoce: la vio por la mañana. Es Blanca, la hija de Arnaldo.

— ¿Me lo das? — ruega ella, encendida y anhelante.

Tiene la coquetería de un esbozo de mujer.

— Es muy bonito. Si me lo diceses, te querría mucho y te haría un regalo.

El ya no se acuerda de que Blanca es la hija del que, momentos antes, le humilló.

— Dámelo, anda.

No se resiste al ruego. De las manos de piel áspera por el trabajo, el pájaro pasa a las manos rosa y palpitantes de la niña.

Blanca toma de la mano a Huracán, que es su amigo, porque le ha dado el pájaro y porque lo encuentra un poco niño como ella.

— Ven, ahí viene mamá.

Huracán déjase llevar. Edúvigis lo mira, sin explicarse por qué su niña, tan linda y tan blanca como su nombre, se acompaña de un chiquillo sucio y mal vestido; pero algo hay en el rostro del rapaz, una expresión tan noble, que la mujer del Conde reserva sus pensamientos.



— Mira, mamá, me lo ha dado este niño. Le he prometido un regalo. Házselo.

Eduvigis abrió su monedero y extrajo una pieza de oro.

— Para ti, muchacho.

Huracán trepido, sintiéndose humillado otra vez y rechazó el dinero. La compra que hacían de su acción equivalía a una injuria. Se alejó.

Blanca vió marchar con pena.

Corrió tras él.

— ¿No quieres jugar conmigo?

Huracán no hizo caso de estas palabras. Seguía su camino, sin dirección fija.

De pronto oye un grito y se vuelve.

Blanca acaba de caer en una acequia.

De nuevo el alma del muchacho alumbró el sagrado fuego y, sin titubear un instante, bravamente, arrojase al agua y salva a la hija de Arnaldo y Eduvigis.

A quien no pudo salvar fué al pájaro, que, como su corazón ahogado en las aguas revueltas de las injusticias humanas, había muerto.

\*\*\*

Transcurrirán los años, quizá horas nada más, y comentando lo que sucedió en aquel instante, alguien dirá:

— Nadie lo hubiese previsto. Estábamos tan contentos! Había sonado la alegre hora de los obreros. Y vino la muerte sin que la llamasen.

\*\*\*

*Y vino la muerte sin que la llamasen...*

El Conde Carant había quedado en volver a entrevistarse en las canteras con los obreros. La inquietud era grande y dolorosa.

Huracán, solicitado otra vez por sus compañeros para que con su consejo los guiase, iba de un lado a otro ofreciendo normas de conducta, aconsejando firmeza y voluntad. Llegó el Conde.

Los obreros vacilaron, con esa torpeza de los humildes. Miraban a Huracán, como queriendo decidirle a que hablase por ellos.

Hubo un segundo de silencio, como una tregua.

Don Dámaso, Poldo y el rapataz hallábanse allí también, cerca de Arnaldo.

Todos temían y deseaban que aquello concluyese pronto.

¿Qué podía suceder?

Y Huracán habló:

— Cumpliendo nuestra promesa, hemos vuelto al trabajo. Tenemos pues, motivos para esperar que vuestra decisión responda a nuestros deseos.

— Cumpliendo tu obligación — replicó el Conde encendido en ira, temblorosa la diestra en la que sostenía un látigo. — tú te vas de mi presencia, pues nada tienes que hacer aquí.

Don Dámaso no quiso o no pudo contenerse.

Señor Conde, ese muchacho es el que salvó a Blanca — dijo queriendo decir otra cosa, pálido e inquieto por la actitud de Arnaldo.

El Conde abrió su cartera, de la que extrajo unos billetes.

— Tama — dijo alargándoselos al salvador de su hija.

Y había en su gesto la vileza del que paga un acto virtuoso como si se tratase de una mercancía.

— Me voy sin necesidad de que usted se despenda de su dinero.

Se calló y, después de un instante en el que vibró la cólera, Huracán añadió, definitivo:

— La generosidad del alma, señor Conde, ni se vende ni se compra. Usted, con sus millones, no tendría lo bastante para adquirirla.

La mano de Arnaldo blandió el látigo encima de la cabeza erguida de Huracán; ya iba a caer. ¿No la detendría el instinto? ¡El, el padre, golpearía entonces a su hijo sin conocerlo!

Pero Don Dámaso gritó, horrorizado por la profanación del golpe que amagaba al niño.

— ¡Es su hijo!... ¡El hijo de Luisa Vitalbit!

El asombro paralizó al Conde. Sus ojos indagaron en el rostro de Huracán viejos recuerdos de amor y sus brazos abrieronse acogiendo al hijo desconocido.

Silencio.

Vuelven los obreros al trabajo.

Arnaldo les ha ofrecido atender sus peticiones, obedecer el ruego que oyó de labios del niño que ahora estrecha contra su corazón.

Al fin las almas de los que estuvieron alejados, se acercan y se unen.

Para ellos la tarde se viste con aureas rondas y se estremece con murmullos de canciones de paz.

Silencio.

Se oye una voz que retiembla, sacudida por el eco.

— La mecha de la mina está encendida. ¡Huye, Huracán!

El hijo deja los brazos de su padre.

¿Qué va a hacer?

Huir, no.

Y corre a arrancar la mecha de la mina, cuya explosión puede ocasionar una catástrofe.

— ¡Huye, Huracán!

Los gritos de los obreros se extienden por las canteras, llamando al muchacho.

Pero Huracán no huye. Se dirige a la mina. Su mano se acerca a la mecha; ya está a punto de arrancarla...

¡Huye, Huracán!

De pronto, allá, en el hospital de niños de Carrara, Sor Dolores yérguese conmovida por un aviso de su corazón, que una mano terrible acaba de oprimir. Avanza hacia una ventana, tiende los brazos y grita:

— ¡Huracán! ¡Huracán!

Rasga el aire el bramido de la explosión. Brata de la tierra un torbellino de fuego y polvo. El azote de un trueno espantoso quiebra la montaña...

Y entre el estruendo de los ruidos, sigue oyéndose el aviso de las voces gemidoras:

— ¡Huye, Huracán!...



## IV

El día se ha vestido de luto.

A las puertas del hospital ha llamado la mano temblorosa de Don Dámaso.

Y sus golpes resueban llevando el mensaje de una angustia suprema.

Pasan los fantasmas de las pasiones insólitas, de las amarguras que no pueden llorarse, porque en los ojos ya no hay lágrimas.

¿Que luz se enciende en lo alto y empuja las sombras hacia la morada de los hombres?

¡Un poco de piedad, Señor!

— Necesito hablar a la Madre Superiora.

— Pase, padre.

El buen clérigo saluda con un ademán que abraza una oculta congoja.

— Óigame, Madre Superiora.

Y Don Dámaso relata, sencillamente, la vida de Sor Dolores y la muerte de Huracán.

Don Dámaso sufre lo que nunca sufrió.  
Es tan penoso lo que tiene que decir!

Y teme que los enfermitos, sobresallados, lancen a un tiempo sus gemidos de moribundos.

Una monja cruza rápidamente las salas del hospital.

— ¡Sor Dolores!

Ella, abrazada de súbito por el terror, se aparta del lecho de un enfermo y mira extraviada a su hermana.

— Sor Dolores, la Madre Superiora le permite ponerse a las órdenes de Don Dámaso, que necesita hablarla con urgencia.

Se atirantan para una conmoción los nervios de la mujer, que vive horas de brutal agonía desde el día anterior.

— ¡Hermana!

La voz de Don Dámaso no se atreve a seguir, tal que si quisiera enmudecer.

— Yo sé que su valor es grande y acepta las pruebas más horribles con serenidad. Lo que vengo a decirle...

En la copa roja, la sangre bulle pulverizándose, y sus gotas, rubíes que la fuente de la vida atesoraba, caen fecundando la tierra.

— ¿Se acuerda usted de aquel niño que se encontró la tarde en que se dirigía hacia aquí?

Tiene la monja los labios secos y seco el recuerdo. El miedo a no saber qué estrangula

sus pensamientos y la oprime sin que ella se defienda.

— Sí... Yo me acuerdo...

¡Señor, un poco de piedad! ¡Ha sufrido tanto esta madre!

— ¿Se acuerda usted de Huracán?

— ¿Huracán?

Ella se alza y se lleva las manos al pecho. Parece que busca algo. Parece que busca su corazón de madre...

— Pues Huracán — añade Don Dámaso con un suspiro — se está muriendo.

Un grito apuñala el aire y huyo por una ventana abierta.

— Y Huracán, hermana...

¡Señor, Señor, un poco de piedad!

— ¡Por Dios, hermana! Serénese.

— Sí, sí, estoy serena... ¿Y Huracán, qué?

— ¡Huracán es su hijo!



Vuelan los vampiros de las almas sobre las cabezas manecilladas por el dolor.

Ser Dolores no ha gritado ni ha gemido.

Los ojos permanecen abiertos y fijos en Don Dámaso.

De pronto se encamina a la puerta y sale, en dirección a las canteras.

Este, de enjutas mejillas y nublados ojos, de vendada frente y pálido color, es Huracán. Un niño que se muere el mismo día que encontró a sus padres.

En la camita blanca se esguinza su cuerpo

y sobre la almohada leve, su cabeza febril ondula herida, rebuyendo los pinchazos del dolor.

Lo rodean aquellos que bien le quieren. Allí está Arnaldo, su padre, el hombre abúlico que amó a Luisa Vitalbi y no supo defender



— Esperaba ese beso — rumores.

su amor. Allí está Pablo, el amigo fiel, y abajo, en las canteras y a la puerta de la casa, los obreros.

Se espera a la madre.

Se teme su llegada.

Y Ser Dolores entra y avanza hacia el lecho en que agoniza su mayor alegría y su tristeza postrera.

Sus manos eucarísticas rogen amorosas



la cabeza del niño. Y su voz, que un silencio de muerte había sofocado, dice al fin:

— ¡Hijo mío!

No ha sido un grito. En las dos palabras, el corazón ha vaciado todas sus ternuras.

— ¡Hijo mío!

Harácan dormirse preparándose al último sueño; pero oyó aquella voz y despertó.

¿Tú, quién eres?

Sonreía con una sonrisa triste y doliente.

— Yo... yo soy tu madre y vengo a traerte la vida.

El niño llenóse de luz los ojos, que ya se le apagaban, y miró intensamente al hada blanca de sus sueños de infancia.

Murmuró el nombre bendito.

Sintió como en su frente se posaba un beso.

— Esperaba ese beso — murmuró.

Y cerró los ojos.

Aún los volvió a abrir.

Y dijo:

— Me voy a dormir. Méceme, madre mía.

Y otra vez cerró los ojos.

Que ya no volvieron a abrirse.

\*\*\*

Por los caminos de las canteras, que alfombran el polvo de los mármoles, pasa el cortejo.

Es pequeño el ataúd, como ataúd de niño.

Cuatro obreros lo conducen, sosteniéndolo con los hierros del trabajo.

Avanza la flaquea comitiva.

El cortejo se detiene bajo las ventanas del hospital.

Tras de una de ellas está la madre que



... y a una Virgen las roba Sor Dolores para arrojarlos sobre la última morada del niño muerto.

perdió a su hijo dos veces y que ya no lo volverá a recobrar.

¿Le preguntamos por su dolor?

Ella no sabría decirlo, ni explicarlo sabríamos nosotros.

Sor Dolores mira, a través de la celosía,



[ Sor Dolores ha muerto ]

la raja siniestra que encierra el fruto de los amores de Luisa Vitalbi.

¿Qué espera el muerto?

Algo parece esperar aún.

Ella lo sabe y busca lo que el hijo le pide.

El hijo le pide flores, y a una Virgen las roba Sor Dolores para arrojárselas sobre la última morada del niño muerto.

El cortejo se aleja.

Se ha consumado el postrer holocausto.

¡Señor! ¿Qué nuevo sufrimiento lo preparás a vuestra Esposa?

Los ojos de la monja siguen al ataúd.

¿Le preguntamos a esta madre por su dolor?

Ella lo sabe y nos lo va a decir.

Sor Dolores se aparta de la ventana, en donde apuró hasta la última gota de su pasión.

Avanza un paso.

¿A dónde va?

Avanza otro paso, vacila y cae.

¿Qué busca?

Ella busca su corazón, que se acaba de romper.

¡Sor Dolores ha muerto!

FIN



**LEA USTED**

*Los Grandes Films*

DE

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

cuya salida oportunamente  
anunciaremos.

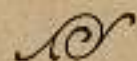
En nuestro próximo número, continuando nuestro deseo de dar a conocer sugestivos asuntos de super-producciones cinematográficas, publicaremos un precioso argumento que cautivará por su desarrollo y emoción.

**¿QUÉ SERÁ?**

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ES LA SIMPÁTICA PUBLICA-  
CIÓN CINEMATOGRAFICA  
APROBADA UNANIMEMENTE  
POR LAS SELECTAS NOVEL-  
TAS QUE OFRECE PARA  
TODOS LOS GUSTOS ::

SALE EN TODA ESPAÑA  
LOS MIÉRCOLES



PRECIOS:  
NÚMEROS CORRIENTES

NOVELA Y POSTAL  
Veinticinco (25) Céntimos

NÚMEROS EXTRAORDINARIOS

NOVELA Y POSTAL  
Cincuenta (50) Céntimos



TODO LECTOR DE BUEN GUSTO  
TENDRÁ INTERÉS EN FORMAR  
LA SUGESTIVA BIBLIOTECA DE

*Las Grandes Pelmas*

SOMETIDO  
A LA PREVIA CENSURA MILITAR

